17 años en el sube y baja

El serrucho argentino



Por Ernesto Tiffenberg

Cuando despertó, la Argentina todavía estaba allí.

Diecisiete años de sueño muestran un panorama de pesadilla. La Argentina todavía está pero, como reflejada en un gigantesco retrato de Dorian Gray, monstruosamente parecida a la original. Diecisiete años de serrucho, alzas y bajas que coinciden con el período democrático más largo de la historia argentina, no fueron capaces de generar un crecimiento acorde del producto bruto por persona, dejando de lado el obvio chiste educativo.

Mirado de cerca, el retrato es quizá más desalentador. El subibaja que depositó a la economía casi en el mismo lugar hizo desbarrancar de a poco todos los índices sociales. Cada cuesta abajo horadó el empleo, multiplicó la inequidad en la distribución del ingreso, minó el poder redistributivo del Estado y despeñó la calidad de la educación y la salud públicas. *(sigue en página II)*



El serrucho argentino

Por Ernesto Tiffenberg

(viene de tapa)

A cada tramo de la travesía por las cimas y simas del serrucho le correspondió una visión del mundo. Más aún, cada momento dentro de cada subida o bajada encontró un punto de vista identificatorio. Algo lógico si se tiene en cuenta que el panorama no puede resultar igual desde el pie que desde lo alto de la montaña.

Desfilaron así movimientos históricos, fulminantes ingresos al primer mundo, libanizaciones y estallidos de disgregación nacional. Todo condimentado con los correspondientes pronósticos de cataclismos (siempre acertados) terminales (siempre fallidos).

Pero entre tanta etiqueta diferente, en esos diecisiete años se mantuvo una constante.

Una bisagra que quedó patéticamente al desnudo cuando Raúl Alfonsín convocó a Plaza de Mayo para combatir un golpe de Estado del establishment (afirmando la necesaria sujeción de la economía a la política) y terminó repartiendo cascos para las trincheras de la "economía de guerra" (en una rendición sin atenuantes de la política frente a la economía).

Su gobierno se transformó entonces, como tan bien reflejaron sus ojeras, en una larga agonía. Una agonía que Carlos Menem convirtió en carnaval con el sencillo recurso de eliminar cualquier atisbo de culpa o escrúpulo. La economía seguía al mando, ya no por necesidad sino por placer.

Nadie depositó demasiadas expectativas en el encumbramiento de la Alianza. La precariedad de la situación no permitía promesas ni votantes crédulos. Sólo exigía un cambio: rescatar de su exilio a la política.

El primer gabinete de la Alianza dejó claro que ni siquiera eso pasaría. La mitad de los asientos fueron ocupados por economistas mimados del establishment. Sin contar al asesor estrella del presidente, que fue el encargado de aceitar la maquinaria con fondos negros.

Librada a sus principales beneficiarios la economía recorrió sin trabas el camino del infierno, un camino empedrado de ridículas ganancias hasta el mismo día del estallido. En el altar del "círculo virtuoso", que un sincero Fernando de la Rúa proclamó en su discurso de presentación, se sacrificó hasta el más pequeño atisbo de sentido común. Y ya en franca retirada, para recuperar al enfermo se recurrió a los mismos médicos y los mismos remedios que lo habían sangrado hasta extenuarlo. La hiperrecesión –que vale la pena recordar comenzó en 1998 y se mantuvo hasta 2002– se llevó casi 20 puntos del PBI y dejó a más de la mitad de la población en la pobreza y casi un tercio en la indigencia. Desde entonces, el trabajoso repecho del serrucho volvió a la primera plana de los diarios. Crecimiento del 8,5 por ciento en 2003, promesas de otro fuerte empujón en 2004. Pero quizá sea mejor poner el acento en algo menos palpable aunque seguramente menos efímero: el cambio de la agenda en la discusión pública.

El estallido de las recetas neoliberales no consiguió enterrarlas, basta repasar el discurso del FMI y de todos los economistas y políticos locales que las repiten, y hasta el de los que desde la izquierda alertan sobre la peligrosidad de intentar el desafío. Aunque sí alcanzó para recuperar el sentido de la política, de la importancia de la voluntad sobre los dictados del mercado. En los últimos tiempos nos descubrimos discutiendo lo indiscutible. El rol del Estado en la economía, planes universales para terminar con la indigencia, alternativas para la creación de empleo, políticas activas de desarrollo industrial. Mejor dicho, discutiendo aquello que sólo unos pocos consideraban discutible.

Cuando despertó, la Argentina todavía estaba allí.

Dentro de diecisiete años la paráfrasis del ínfimo cuento de Monterroso podrá ser escrita otra vez. Pero la interpretación que entonces le darán los posibles lectores dependerá de cómo se corporice en gestión el actual debate de esa nueva agenda. Todavía es demasiado temprano para anticipar si entonces será tras un sueño o tras otra pesadilla. ▲

Néstor Kirchner gobierna el quinto período sucesivo en democracia, pero es el cuarto presidente debido a que Carlos Menem ocupó dos mandatos consecutivos por un total de diez años y medio (1989/1999), la mitad del tiempo transcurrido desde que las instituciones republicanas desplazaron, en 1983, a la última y más sangrienta dictadura militar del siglo XX. Los otros dos mandatarios, Raúl Alfonsín (1983/89) y Fernando de la Rúa (1999/2001), tuvieron que abandonar sin terminar, acosados por el descontento ciudadano. Dado que ambos eran originarios de la Unión Cívica Radical (UCR), sus frustradas gestiones cayeron sobre ese partido, desmoronándolo, con pronóstico reservado a los cien años de vida y después de ocupar uno de los lugares en el bipartidismo, primero con los conservadores y después con el peronismo, que cortó el bacalao, pese a las intermitencias militares compulsivas, durante todo el siglo pasado.

A diferencia de Alfonsín, De la Rúa no ganó ni cayó en soledad. En la victoria como en la caída lo acompañó la fuerza más joven de esta etapa histórica de la democracia, el Frepaso, coalición formada con retazos del progresismo llegados hasta ahí desde diversas experiencias políticas y culturales. En diez años escasos, el ímpetu de esta movida cívica, que parecía la encarnación misma de la nueva esencia democrática, horadó el secular bipartidismo colocándose en el segundo lugar de las preferencias de los votantes. Bajo la conducción de su fundador, el joven peronista Chacho Alvarez, una vez que había alcanzado ese nivel de expectativa pública, decidió suicidarse abrazándose a la UCR, vetusto miembro del anacrónico bipartidismo, y a uno de los veteranos de la derecha partidaria, De la Rúa, elegido por una votación interna abierta, probado después como un inepto superestándar y sospechado hasta hoy por actos de corrupción.

En el intento de explicar la indisimulable contradicción fundacional de esa Alianza, algunos argumentaron que el progresismo vocacional, aunque no siempre militante, quería cambios de rumbo en el postmenemismo pero con moderación, o cuando menos, con mínimos riesgos de confrontaciones violentas. La justificación cupular del Frepaso fue que obedecía al imperativo popular de rejuntarse para cerrarle el paso a la aspiración menemista de eternizarse en la Casa Rosada. En un plano de considera-

Por J. M. Pasquini Durán

ciones menos coyunturales, Alvarez solía asegurar que el Frepaso había reemplazado la habitual "cultura del testimonio" que distinguía a la izquierda por la "cultura del poder", aunque es improbable que haya pensado hasta que sucedió que el precio del relevo sería la implosión del instrumento revisionista.

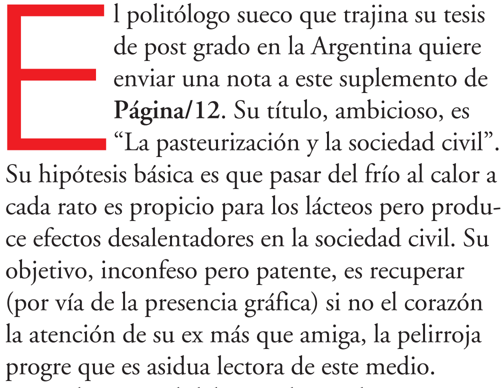
Menem, peronista oriundo pero el más conservador de los cuatro, fue el único por ahora que ocupó su cargo hasta el último día del plazo establecido por la Constitución. Más aún: se fue a regañadientes porque no pudo conseguir respaldo suficiente para modificar de nuevo el texto constitucional a fin de habilitar una segunda reelección para un tercer mandato, como ya lo había hecho en 1994, en sociedad con Alfonsín, los dos firmantes del Pacto de Olivos que legalizó la primera reelección. A diferencia de los otros tres presidentes, Menem recién tuvo su etapa rosa con la sociedad en 1991 pero también fue el único en terminar la gestión del sexenio con el apoyo de más del 50 por ciento de los votos. Favorito en las urnas, en abril de 2003 encabezó el lote de candidatos en los resultados de la primera vuelta de los comicios presidenciales, pero abandonó la competencia antes de llegar al ballottage, ya que las encuestas previas le pronosticaban una derrota sin precedentes en su trayectoria pública. De todas maneras, no es un dato menor que el hombre que renunció a la doctrina convencional del peronismo para adherirse a los dogmas de la ultraderecha, sin ningún respeto por la justicia social y atravesado por evidencias de corrupción impune y de frivolidad, haya sido el único –exclusivo hasta el momento– en ganar la reelección.

Alfonsín y De la Rúa, al empezar tenían notables promedios de simpatía popular, sobre todo en las clases medias de centroizquierda, todavía más altos que los votos conseguidos en las respectivas elecciones. La victoria alfonsinista tuvo ribetes históricos, porque fue la primera vez que el peronismo, sin ninguna restricción previa, llegó segundo en la carrera hacia la presidencia, lo que significa que también debutaron votos peronistas que desertaron de las candidaturas del PJ. Fue la primera evidencia, más tarde confirmada, de que la disciplina partidaria no era condición suficiente para ganar el gobierno ni para mantenerlo. Los dos presidentes radicales perdieron en las encuestas antes que en las urnas y comprobaron una verdad que también sería generalizada: nadie es dueño de los votos que obtiene en la inauguración. Menem tuvo oportunidad de constatarlo ya que, si bien en el primer período se mantuvo casi intacto, en el segundo su declinación fue similar a la de los radicales, aunque hubo una diferencia con ellos: Alfonsín y De la Rúa sepultaron sus chances de futuro, mientras que el más conservador todavía puede aspirar a ser el jefe de una minoría de derecha, incluida la peronista.

Durante los ascensos y declinaciones, la sociedad en su conjunto, sobre todo las mayorías populares, volatilizaron sus opiniones porque no están sujetas por ninguna ideología, fidelidad partidaria o utopía. Las esperanzas y decepciones van subiendo y bajando, arrastrando tras de sí a los gobernantes elegidos en las urnas, con una cierta banalidad pero, ante todo, con urgencias que no pueden esperar. Kirchner hará su propio balance movido, sin duda, por la certeza de que será diferente a sus predecesores. Si no tuviera esa confianza, no podría gobernar, pero eso no lo vuelve infalible. Llegó de manera casi mágica, ganó la confianza mayoritaria y ahora le queda la más difícil: conservarla. Si consigue coagular la gaseosa adhesión inicial en una consistente y sólida filiación militante, si termina de una buena vez con el estado de transición y hace de la democracia una épica tan atractiva como lo fueron la Revolución de Mayo, la Organización Nacional, la universalidad del voto secreto, la justicia social del peronismo o el modernismo frondicista, quizá termine con las exclusividades estadísticas de Menem e inaugure una etapa diferente de verdad, sin subibaja. ▲

Pasteurización y sociedad civil

Por Mario Wainfeld



El politólogo sueco que trajina su tesis de post grado en la Argentina quiere enviar una nota a este suplemento de **Página/12**. Su título, ambicioso, es "La pasteurización y la sociedad civil". Su hipótesis básica es que pasar del frío al calor a cada rato es propicio para los lácteos pero produce efectos desalentadores en la sociedad civil. Su objetivo, inconfeso pero patente, es recuperar (por vía de la presencia gráfica) si no el corazón la atención de su ex más que amiga, la pelirroja progre que es asidua lectora de este medio.

La idea central del escandinavo brotó precisamente discutiendo con su esquiva amada. Esta siempre se queja de la falta de justicia en la Argentina, de la impunidad de los poderosos. El sueco le propone, vanamente, que las cosas son más complejas. Que en la Argentina se han hecho públicos muchísimos ilícitos cometidos en las tres últimas décadas. Han tenido enorme difusión mediática, integran la agenda cotidiana de personas comunes bien informadas. Muchos de sus responsables son conocidos y también sus modus operandi, incluyendo detalles de las ingenierías financieras, conexiones internacionales, cuentas en Suiza. Amante de las estadísticas, que aburren a la pelirroja, nuestro científico informa que jamás se conocieron tantos delitos de Estado.



Pero hay más, propone el becario de la Facultad de Sociales de Estocolmo. Una cantidad pasmosa de protagonistas políticos de primer nivel han sido acusados, procesados y hasta ido presos. Carlos Menem, Domingo Cavallo, María Julia Alsogaray, Víctor Alderete, Fernando de la Rúa pasaron por las galeras, con el consiguiente escarnio público y con repercusión fenomenal no sólo en el momento sino en el decurso del sistema político.

El problema –propone el sueco cuando ve que la colorada se le encrespa para mal y pone cara de querer irse– es que, en la mayoría de los supuestos, la excitación se ve defraudada por la falta de condignas condenas. Y la pelirr... perdón la sociedad civil, vive con despecho esos corsi y ricorsi de la administración de justicia. La frustración se agrava porque la vindicta social es tan alta que considera defraudaciones no sólo a la liberación de los sospechosos sino también a la vigencia de instituciones que en otras sociedades (v. gr. la sueca) son valoradas como garantistas. La pelirroja, por muy progre que sea, aborrece la prisión domiciliaria y considera que todos los corruptos deben cumplir prisión efectiva mientras son procesados. Menudo error comete el sueco cuando, códigos en mano, pretende convencerla de la relativa bondad de esos institutos. Error que no repara cuando le recuerda que los militares responsables del terrorismo de Estado no la pasan bomba en democracia, que han tenido tres rachas de detenciones y procesos masivos: la primera hasta 1987, la segunda por robo de bebés, la tercera con las inconstitucionalidades de las leyes de la impunidad. "¿A que no sabés cuántos años acumulan presos Videla y Bussi?", inquiere el científico social, planilla de datos en mano. La pelirroja ni quiere oír esos datos, que le parecen argumentos de "la derecha", que aborrece desde siempre y más ahora que se ha vuelto kirchnerista. Ella sí recuerda que Bussi fue gobernador de Tucumán y que su hijo no accedió a serlo porque perdió en la definición por penales.

Transformando a su amor imposible en "sociedad civil", el politólogo propone que la saga de la revelación (con la consiguiente esperanza), a la detención y luego a la frustración obra efectos de desencanto que –a su ver– serían mayores a los de las sociedades aletargadas, en las que nada se conoce ni se pesquisa. "No se histeriquea con la verdad y eso es mejor que vivir pasando del calor al frío y de éste al calor", redondea su trabajo el politólogo. Tal vez si **Página** se lo publica, la pelirroja lo lee, lo revaloriza, lo llama.

Y, sin embargo, a la hora de la hora no lo envía. El hombre no es un trucho del todo. Y sabe que lo que está diciendo no es cabalmente verdad. Que estas idas y vueltas son mucho más que nada. Que han generado conciencia, que han deteriorado prestigios. Que de hecho muchos criminales (en especial terroristas de Estado) sí están presos. Y que la batalla contra los corruptos de la década del 90 no ha terminado aún. Con ese mensaje optimista, reescribe su tesis y, a contramano de los tiempos, la privatiza: le envía un correo a la pelirroja. Y se sienta a esperar respuesta. ▲

Arriba y abajo. Excitación, depresión. Suiza, Uganda. Capital, conurbano. Up, down. La Argentina parece tener el síndrome de los extremos, y los argentinos con ella. Una Patria histérica que nos acerca al abismo y nos eleva hasta el cielo una vez cada –por cifrar el portento– diez años. Así ha venido ocurriendo desde el nacimiento de este diario, desde la recuperación de la democracia, desde principios del siglo que se fue hace cuatro años. Podemos decir, que este *subibaja* nos ha venido afectando a lo largo de la historia moderna de la Nación.

¿Por qué ocurre esto? ¿Acaso nos gusta? ¿Acaso no podemos, los que habitamos bajo este cielo, hacerlo de otra forma, con menos barquinazos? ¿Necesitamos esa descarga adrenalínica que generan los sacudones aun a costa de que obtenerla nos cueste la vida?

Torcuato Di Tella –cuando no anda ninguneando un montón de cosas importantes que él considera sin importancia, transformándose en uno de los funcionarios más leves de esta administración– ha sabido decir que la historia de la Patria no es más que la historia de la puja de poder entre los sectores reaccionarios y el campo popular, brega en la que por lo general se han impuesto los grupos más conservadores. Es, si se quiere, una explicación. Se entenderían, de esa manera, un sinnúmero de fenómenos sociales y políticos que nos han ocurrido, tales como golpes de Estado, masacres, saqueos, bombardeos, conquistas sociales, el crecimiento del Estado y su posterior destrucción, la incorporación de las clases más bajas a la toma de decisión política y su posterior desaparición, y así.

Un fenómeno último y novedoso, que no escapa a esta dialéctica que explicaría el subibaja, merece un poco más de atención. Cuando esos sectores conservadores se habían hecho con la Patria, cuando parecía que su discurso había fraguado en el convencimiento de los ciudadanos, hasta de los más desposeídos, cuando el mensaje neoliberal estaba asentándose en los

La Patria histérica

Por Sergio Moreno

estratos más profundos de la sociedad, su golem, por su naturaleza, porque no puede ser de otra forma en un país subdesarrollado pero con historia de rebeldía, estalló en la cara de sus demiurgos y de sus ejecutores. Diciembre de 2001 fue la explosión de un plan impuesto por esos grupos conservadores de la mano de un caudillo populista y demagógico, con natural inclinación hacia los ricos y la injusticia. Esa vez, si se quiere, explotó –más allá de la clase media que salió con sus cacerolas a quejarse por la exacción de sus ahorros– la criatura, la creación de esa elite de saqueadores que imaginaron poder tomar su libra de carne aun cuando el cuerpo no tuviese más. El "modelo", perverso sistema que enriqueció a pocos y empujó a la mayoría al inframundo de la pobreza y la indigencia, explotó: el escorpión picó a la rana en medio del río y rana y escorpión murieron ahogados en medio de preguntas existenciales.

Sin embargo, no se podría decir que han muerto o, cuando menos, que no hayan dejado cría, en especial la alimaña.

¿Dónde está la Argentina, ahora? ¿En qué parte de la línea quebrada del subibaja? Podríamos decir que el camino es cuesta arriba, y que, paulatina, tibia y lentamente, se ha comenzado a subirlo, con esfuerzo, sufrimiento y sin saber si llegaremos a la meta.

En estos 17 años –que son casi los 21 años de la recuperación democrática–, hemos participado de este perverso juego de montaña rusa: por la alegría de recuperar la democracia, tuvimos a los carapintadas; por el Juicio a Juntas militares, las leyes de impunidad y los indultos; porque con la democracia se come y se educa, la economía de guerra; por el Plan Austral, la hiperinflación; por la estabilidad, la corrupción; por los viajes al exterior, la convertibilidad; por ser modelo del mundo, la pobreza y la exclusión; por votar cada dos años, la irrepresentatividad política. Y siguen las alternancias. Este destino binario, de sí-no, de uno-cero, crea un matrix donde seguimos viviendo con mayor o menor conciencia de la inminencia de estos padeceres. Ocurre que la carencia de evocaciones, de ejercicio por la memoria y, por tanto, por la previsión, hace que gran parte, si no la mayoría, de los argentinos se eche a gritar y a quejarse ya bien comenzado el descenso por el tobogán.

Esta Patria histérica ha sido en los últimos 21 años cincelada por sus protagonistas, hombres comunes que eligieron a sus gobernantes –más o menos comunes cuando fueron electos– y que gobernaron de la manera menos común para lograr la felicidad de sus mandantes.

Así, el fenómeno histérico-binario logró despolitizar a la sociedad de una manera asombrosa y, a la vez, cambiar la lucha política por la indignación. Ahí estamos ahora, en nuestra Patria histérica, buscando un psicoanálisis que cuadre. ▲


Daniel Jayo

Película de buenos y de malos

Por Luis Bruschtein

Las volteretas de los medios son menos creíbles que el humor de la sociedad sobre el que cabalgan sus cambios de rumbo. En la misma mesa de café donde se endiosa, se sataniza sin transición a futbolistas, directores técnicos, políticos y artistas. Y los medios corren detrás de esos humores variables para adaptar sus discursos que, en realidad, nunca cambian demasiado.

La esquizofrenia, en el caso del periodismo que tiene que correr a esa misma velocidad, es un riesgo inevitable. Como le sucedió a un joven periodista de la revista *Gente* en 1973, que no pudo evitar sumarse a los festejos por el triunfo de Cámpora que estaba cubriendo. Y, botoneado por un colega, al día siguiente sufrió una durísima advertencia por parte de la empresa de los Vigil, con amenaza de despido. Pero en el número de la revista que se publicó al otro día, el editorial se congratulaba en informar que la alegría de la gente era tan grande que hasta había contagiado a uno de sus propios redactores.

Los taxistas que escuchan Radio 10 amaron a Domingo Cavallo, el dios del sentido común de la convertibilidad. Y así como lo quisieron, ahora lo detestan. En muchas de esas mesas de café y en algunos diarios, Menem siguió siendo "el Presidente" hasta que renunció a la segunda vuelta y ahora nadie lo votó. Cavallo llegó a opacar a Menem, fueron los dos gigantes del escenario argentino durante diez años. En la política y en la economía no tenían rivales.

Cavallo se fue al exterior y nadie daría dos centavos por su futuro político. Y Menem aparece como un anciano rencoroso que, al igual que Bernardo Neustadt, vaticina y desea la peor de las suertes para el futuro del país porque ellos ya no lo tienen, abandonados por el abrazo engañoso de sus fieles al éxito o al poder, que ya no les sonríe.

Aunque ya nadie acepte en público que votó a Menem o que endiosó a Cavallo o que le creyó algo a Neustadt, ellos fueron el paradigma de una forma de ser inteligente y exitoso. Y mutaron a caricatura grotesca sin estaciones intermedias.

En realidad, para bien o para mal, ellos siempre fueron igual, lo que cambió fue la percepción que la gente tiene de ellos. Esa magnitud del cambio de sentido es la que impresiona, porque hay mucho de voluble y vulnerable al disfraz o a la ilusión, a los vidrios de colores, al inmediatismo y a la tentación de la salida fácil.

Sería mejor que, en vez de cambio de humor, hubiera un cambio consciente en la forma de pensar. Que en vez de negar que lo votaron, lo reconocieran, se preguntaran la razón por la que lo hicieron y reflexionaran sobre los argumentos de por qué nunca más lo harían. No es un problema de autocrítica al estilo setentista, sino de entender, elaborar y meditar cada decisión y que de allí no surja otro estado flamígero sino un pensamiento madurado que se sostenga en el tiempo.

Cambiar de una posición a otra muchas veces no quiere decir que se haya cambiado realmente. Pasar de blanco a negro, o viceversa, no implica un cambio verdadero si se lo transita con la misma volubilidad con que se fue blanco. La intervención de los medios es importante en este fenómeno que también excede a Menem y a Cavallo, pero no es determinante. Existe una materia prima, una matriz, un rasgo de identidad cultural que alimenta y facilita estos procesos.

La historia argentina es una película de buenos y malos, no hay seres humanos. Y es una película embellecida donde los actos más horrorosos tienden a ser ignorados en forma automática. Es tanta la distancia que se pone entre el deber ser y el ser verdadero, que entonces se transita ese camino por la ficción y no por el esfuerzo que implican los cambios reales, que siempre serán menos de lo que se quisiera. Los que se esfuerzan y llegan tan cerca de ese deber ser tan exigente se inmolan en el mito como el Che, Evita, Gardel o Maradona. Y los que fuerzan la ficción se pervierten en caricaturas grotescas como López Rega, Isabel, Galtieri o Menem. Es difícil que haya otro país que produzca tantos personajes extremos.



La historia como línea quebrada

Por Susana Viau

Altibajos, ciclotimias, inestabilidades, hoy estamos mañana no estamos, de la gloria a Devoto. Podría decirse que en este país se vive con el corazón en la boca, que no aflojan, no te dan respiro. Argentina no es Suecia, dicen. Pero Suecia ¿qué es? ¿La vida previsible? ¿La seguridad de que mañana será igual a hoy y hoy es la fotografía de lo que ocurrió ayer? ¿La convicción de que la puerta de casa puede quedar abierta y la bici apoyada junto a un árbol sin que a nadie se le ocurra manotearla? ¿O es el volcán apagado que de tanto en tanto estalla de locuras y arroja el cadáver de una ministro de Relaciones Exteriores acuchillada en un centro comercial o el de un premier sepultado según el rito vikingo, después de haber sido baleado una noche como cualquier otra, a la salida de un cine?

A lo mejor hay que concluir que ninguna sociedad tiene una existencia mesetaria y ese ideal sólo existe en pequeñas burbujas sostenidas para preservar el capital financiero y el secreto bancario. El resto, cuáles han sido los años buenos o las épocas malas, es materia opinable, zona gris, tierra de nadie, así o asá, según la cara del cliente. Y porque nunca llueve al gusto de todos, los '80 fueron tiempos de desperezamiento democrático para algunos y de caos y desgobierno para otros, que no se animaron a añorar en público la mano dura y la pax romana. Luego, los '90 fueron prodigiosos para los disconformes de los '80 y un baño de abyección para quienes soñaban con un destino más elevado que el de la paridad cambiaria. Ni qué decir de lo que vendría más tarde: la renuncia del vicepresidente cayó como un bálsamo sobre los asqueados de la década anterior, hartos de que nunca nadie pusiera en evidencia la esencia instrumental del poder; por el contrario, los protagonistas de la fiesta finisecular lo estigmatizaron como un acto de debilidad enfermiza y caricaturizaron el gesto convirtiéndolo en huida perpetua.

La revuelta de diciembre de 2001 consagró el imposible acuerdo respecto al arriba y el abajo, al estar en la cresta de la ola o en el fondo del mar. Mientras en las cuevas del microcentro o en las salas de reunión de los directorios se diagnosticaba que el tumulto callejero era el precio a pagar por haber abandonado el dogma y ahí estábamos ahora, hundidos hasta el cuello en el descrédito –nunca mejor dicho–, por la calle mucha gente suponía que, al revés, la caída se había detenido y se estaba en camino de regreso al mundo real. Nunca coincidiremos, pues, acerca de la noción de crisis. Mal que nos pese, los sueños placenteros de unos son pesadillas en las madrugadas de los otros; la felicidad de una parte de la humanidad se edifica sobre la desdicha de la otra media. Pero estaríamos fregados si los soñadores y los felices fueran siempre los mismos, si la vida no fuera inquietante como es, si la historia no fuera una línea quebrada. ▲

Fotos a pie de página

Por José Pablo Feinmann

Para muchos de nosotros, **Página/12** es (ante todo y por sobre todo) el diario que cotidianamente, desde hace diecisiete años, publica las fotos de los desaparecidos y las frases que sus amigos y familiares escriben en su memoria. No sé si es poco, no sé si es mucho o demasiado. Sé que es único. No hay otro medio que lo haga. Tampoco sé si hay otros motivos para hablar de la grandeza de este diario, pero tampoco lo necesito: con éste alcanza. Esta continuidad, esta obstinación de la memoria, este espacio para la desdicha habrán de volverlo imperecedero. Las sociedades demoran en calibrar los hechos que más peso tendrán en su historia. A poco de terminar la Segunda Guerra, un filósofo genial como Sartre escribió un brillante ensayo sobre la cuestión judía y no mencionó Auschwitz, no mencionó el Holocausto. El "suceso" demoró en instalarse en la conciencia europea. Recién en 1967, Theodor Adorno dice por la Radio de Frankfurt su texto *La educación después de Auschwitz*. Durante los cincuenta aparece el gran documental de Alain Resnais, *Noche y niebla*. No demasiado más. El juicio de Eichmann en Jerusalén agita las aguas y la ensayística de Hannah Arendt. Pero el tema tiene tantas resistencias. Es tanto lo que se desea negar que arduamente logran ubicarlo, los que desean hacerlo, en la centralidad que le corresponde.

Lo mismo con nuestros desaparecidos. Sé que muchos lectores de **Página** no leen los textos de las fotos ni miran las caras de los que fueron secuestrados, torturados, asesinados y por fin desaparecidos. Sé que algunos no compran el diario por "ese" motivo. Duele ver esas caras. Duele leer los textos de los amigos y los familiares. Duele ver lo jóvenes que eran las víctimas. Y cada vez duele más porque cada vez las vemos más jóvenes, porque nosotros envejecemos y ellas quedan ahí, petrificadas por la muerte, con la cara que la muerte les fijó para siempre. Ningún rédito le produce al diario esa elección: publicar las fotos de las víctimas del terrorismo de Estado, de todos esos seres que serán siempre inocentes porque no hay culpable en esta tierra que merezca ser tratado como un perro, o peor, como una basura, como un desecho, sin leyes, sin jueces, sin justicia, sólo con verdugos.

Algunos dicen que esas fotos son "bajoneantes", que hay que bancarse esas fotos para poder leer el diario. Otros dicen francas atrocidades: que implican (esas fotos) una apología de la subversión. Otros no dicen nada, pero uno sabe, se da cuenta: preferirían no verlas. Preferirían olvidar o (al menos) no recordar todos los días. Aquí, acaso, resida la verdadera grandeza de la actitud del diario: no hay día en que no publique una o dos o tres de esas fotos. Debiéramos preguntarnos qué "gana" con eso. La gratitud de los familiares y amigos que buscan mantener vivo ese recuerdo. Por supuesto. Pero "pierde" mucho más. Incomoda a muchos. Les recuerda –inevitablemente– la muerte. Aun cuando los textos de los memoriosos que amaron a las víctimas digan que "viven", que "viven" en su memoria, en su amor o en las causas justas que eligieron en su militancia originaria, para los otros, incluso para el lector "politizado", el recuerdo "inmediato" que esos rostros entregan es el de la muerte. O el de un pasado terrible al que no sólo no se desea volver sino al que tampoco se quiere recordar. Al menos, dirán algunos, no tan asiduamente. No todos los días. La vida de todos los días ya es, en sí, bastante triste como para andar mirando y "siendo mirados" por los ojos de las víctimas del horror. Ocurre, sin embargo, que el diario publica esos recordatorios, esos prolijos ejercicios de memoria para que todos, todos los días, recordemos, miremos las caras jóvenes –cada vez más jóvenes– de los que quisieron un país y hasta un mundo mejor, y no tengamos reposo, no podamos olvidar, ellos están ahí, con los cabellos sueltos las chicas, con esos bigotazos "setentistas" los muchachos, y desde ahí nos miran y nos preguntan desde hace diecisiete años, todos los días, en el diario en que escriben Bayer, Verbitsky, Saccomanno, Russo, Gelman, Aliverti, Wainfeld, Granovsky, Nudler, Kiernan, Sasturain, Uriarte, Pauls, Fresán, Forn, María Moreno, Eduardo Galeano, Daniel Link, otros que, sin duda injustamente, estoy ahora olvidando, y "el autor de estas líneas" o, por decirlo con sinceridad, yo, nos preguntan, decía, qué hacemos, hoy, cotidianamente, para perseverar por un mundo en el que todas y cada una de esas muertes sean imposibles. ▲



¿Serrucho o mandolina?

Por Osvaldo Bayer

Mamita, qué serrucho! Claro, para los que volvimos del exilio con la fe en una democracia nueva. Con la gran oportunidad de fundar ya una democracia para siempre. Pero no, ligamos lo habitual: los dos partidos únicos que nos gobernaron desde siempre. Siempre más de lo mismo son las palabras señeras de nuestra democracia. Siempre, siempre así. ¡Cómo tuvo que moverse el diario desde que apareció, emparejar las ilusiones de sus periodistas con las realidades de todos los días! Lo de Alfonsín fue como todo gobierno radical, un idilio de sobremesa. Se come bien, se habla de cosas agradables, se toma un bajativo y vienen las despedidas y los abrazos con golpecitos. Si el peronismo es ir a comer los ravioles con la vieja los domingos, el radicalismo es otra cosa: se va de saco y corbata y en la mitad se sacan los sacos, las camisas se arremangan, las corbatas se bajan por el nudo, y se sigue comiendo. Hasta que se oyen las patadas de los militares en la puerta.

Todos éramos argentinos hasta que Rico tocó el clarín con sus nalgas y todo se arregló de manera radical con el Felices Pascuas. Volvimos a ser todos argentinos. Menos los presos que venían condenados por la justicia de los desaparecedores. A ésos ni justicia porque para que la casa estuviera en orden había que dejarlos en la cárcel. Eran, señor, izquierdistas.

A esos presos fui a visitarlos a Devoto un domingo de enero a las dos de la tarde, con la noruega Liv Ullman. Ella no podía entender. En una democracia. Le expliqué que era una democracia radical. Después cuando vinieron la Obediencia Debida y el Punto Final quedó todo más claro. Cuando varios años más tarde, también en un gobierno radical, el de De la Rúa, le pregunté al ministro Storani por qué a los militares desaparecedores Punto Final y Obediencia Debida, y a los guerrilleros de La Tablada prisión de por vida. Me contestó: porque de una vez por todo se tiene que aplicar la Justicia en la Argentina. Sí, le contesté, pero usted levantó el brazo en diputados para dejar libres a todos los militares, me respondió mirando el horizonte: sí, pero aquella vez se me fue el alma. En la sobremesa quedaron migas mezcladas con lágrimas de yacaré. Pero la muchachada radical siguió adelante.

Página/12 me siguió en mis melancolías del regreso: ese soñar con una República donde se aplicaran muchas cosas aprendidas por la humanidad después de sus tragedias. Por ejemplo esa Alemania que cambió hasta el nombre de su ejército, todos los programas y profesores de sus institutos militares, y puso observadores del Parlamento en su seno. Aquí vine con la televisión alemana a filmar nuestro colegio militar. Y filmé el cuadro de Videla en su salón de actos. Y al mejor cadete de cuarto año que sostuvo (1992): "El mejor militar de la historia del mundo fue el general Videla, que nos salvó del marxismo internacional". El serrucho. El cuadro del desaparecedor fue bajado doce años después por Kirchner. Kirchner. Y el cadete de cuarto año hoy debe ser capitán y debe haber custodiado la comida sospechosa en el quincho de generales no democráticos y ex ministros lamedores de uniformes de hace pocos días.

Alfonsín abandonó la Casa de Gobierno como Yrigoyen e Illia. No se quedaron defendiéndola hasta el final. A Alfonsín lo siguió Menem donde los ravioles del domingo con la vieja se transformaron en menús en hoteles árabes para elegidos, con miembros de la corte internacional de inversores o acreedores. Lo único bueno que hizo el riojano –nada de Facundo ni de Chacho– fue eliminar el servicio militar. Yo, que hice un año y medio de ese servicio en el que me convertí en sirviente, lo festejé con petardos en el patio de mi casa. Allí, en aquellos cuarteles todo era humillación y vejación.

Bien. Después hubo la clásica conversación entre los dos partidos y la sobremesa fue con caviar en Olivos, combinación de Alfonsín y Menem, un golpe en la nuca para la democracia. Y para un país cuyo signo evidente fue la inmoralidad. Desde la Corte hasta los gordos y el Barrionuevo. Después la nada. De la Rúa. Pero la gente en la calle. El fin de la sobremesa con confites y sonrisas televisadas por patadas bien apuntadas al trasero. La pobre República. Pero enseguida el acuerdo entre los dos partidos eternos que fundaron una sui generis democracia radical-peronista. Ahora Kirchner, una mesa que se está sirviendo en un campamento con ganas de marchar al amanecer. ¿Nos tocará el serrucho otra vez? ¿O una mandolina para tocar en días más felices? ▲



Que nadie serruche el orden

Por Julio Nudler

El serrucho es un instrumento filoso, cuya hoja dentada sirve para cortar cualquier racha, buena o mala. Lo cual lo vuelve antipático a los ojos de la gente que ama la monotonía, el statu quo y la mar en coche. O que cuida y protege intereses prebendarios. En realidad, el serrucho no reduce la previsibilidad. La montaña rusa puede ser tan previsible como una pista de patinaje, con tal de que se entiendan las leyes que gobiernan los ciclos, propios de toda economía capitalista. Pero lo que realmente torna intolerable al serrucho para los conservadores es que esas terribles fluctuaciones generan una oportunidad de cambio político, social y económico. Porque el serrucho es la herramienta más progresista, e incluso revolucionaria, que se ha inventado, que podrá usarse o no.

Precisamente en esta época, la Argentina está disfrutando de la ocasión creada por la última catástrofe en que se precipitó gracias a ese serrucho implacable que la aserró entre 2001 y 2002. Cuando mucha gente tuvo que comerse la empuñadura y hasta los remaches de su serrucho y freír la hoja acerada vuelta y vuelta en el sartén. Esa cruel serruchada movilizó a la sociedad dormida y derivó en hechos que hubiesen sido imposibles sin la inoxidable dentellada: echar a jueces de la Corte Suprema, invadir la ESMA, colocar a Graciela Ocaña en el PAMI, imponer los remedios genéricos, purgar las policías, cobrarles retenciones a la soja y el petróleo, plantear una desmesurada quita sobre la deuda externa y otras locuras.

El serrucho desgarra, causa sufrimiento, muerde las carnes, hace brotar sangre. Pero el sufrimiento existe desde antes de que su hoja cimbreante se ensañe con los miembros más débiles del cuerpo social. Ellos ya padecen la postergación, la falta de perspectivas, la vulnerabilidad. Recién cuando todo se derrumba pueden abrirse paso entre los escombros del orden económico y político para imponer un proceso de cambio. Luego, para evitar que la transformación siga avanzando, las fuerzas conservadoras procurarán contener, estabilizar, recuperar el control.

Se ponen de moda el gasto social, el reparto de comida, los remedios gratuitos, el apósito redistribucionista que desinfla la protesta y la demanda de cambio. Los conservadores más lúcidos permiten incluso que los desposeídos más radicalizados se desahoguen, que marchen con pasamontañas y garrotes, que destrocen alguna luneta, algún escaparate. Se clama, se reclama, se proclama, se declama, y los progresistas aclaman al dirigente preclaro que consigue meter a la jauría en la manga. Todo ha de volver a la calma, el serrucho a su vaina, la rabia a su úlcera.

Entonces se discute cómo prevenir las crisis, cuáles son las políticas más adecuadas para que el nuevo programa económico no concluya en otro colapso, abriendo de nuevo las esclusas al estallido social. Los grandes organismos internacionales y las craneotecas nativas, con auspicio académico y empresario, diseñan planes seguros y trazan proyecciones tranquilizadoras. La economía crecerá monótonamente un 3, un 4 por ciento anual. No habrá fluctuaciones. Se constituirán fondos anticíclicos. Las vacas gordas adelgazarán para que las flacas engorden. Se toman pólizas contra la desesperación de los desnutridos, se erigen diques de contención.

Es entonces cuando ya no se sabe quién es conservador, quién es progresista, quién practica un astuto gatopardismo, distinción que, justo es decirlo, nunca resulta sencilla. No suele haber nada más reaccionario que el populismo, o incluso el izquierdismo facilongo, ni nada más progre que algunas (sólo algunas) propuestas ultraliberales. Al fin de cuentas, con un serrucho se puede hacer música, practicar la carpintería, partir equitativamente o no una tabla, o dejar sin aliento a los intereses creados del inmovilismo. Con un serrucho se puede podar el árbol de un futuro radicalmente diferente. ¡Fuera con ese serrucho! ▲

¿Es locura u otra cosa?

Por Eduardo Aliverti

Porque uno supone que un loco puede chocar con la misma piedra un montón de veces salvo que alguna de esas veces el golpe sea brutal. Un perro, igual. Si lo fajan de cachorro porque hizo pis o caca donde no debe, el animal normalmente aprende. Y un chico más o menos lo mismo. Si toca algo que está hirviendo, no volverá a hacerlo. Uno habla, cree, del común de los locos, los perros y los chicos. Bueno: el común de la sociedad argentina es capaz de hacerse pelota contra evidencias incontrastables con una facilidad que uno no cree que tengan los locos, ni los perros, ni los chicos.

A lo largo de estos 17 años, respecto de ese período puntual y también hacia atrás, los argentinos fueron una máquina de quemarse con leche y seguir muy plácidos al lado de la misma vaca. No se puede creer, sin ir más lejos, que un grueso tan apreciable de este pueblo siga creyendo que la inseguridad se arregla con mano dura, en su acepción de primero tiro y después pregunto. Pero no estimo que haya un botón de muestra más espeluznante que el entusiasmo con Martínez de Hoz-tablita cambiaria-dictadura repetido, a la perfección, con Cavallo-convertibilidad-la rata. Repetido dos veces, en realidad, porque aunque la memoria colectiva parece no registrarlo (o no querer hacerlo) la vaca volvió a estar durante la gestión del androide Fernando de la Rúa. Y es que además no estamos hablando de un espasmo sino, casi, de la reiteración de una "época" entera, visto desde las expectativas populares. Pensé muchas veces si acaso no deben contemplarse atenuantes, del tipo "hay influencia de generaciones diferentes" o "la caída del Muro significó el quiebre de utopías constitutivas e incluso los sectores más lúcidos se entregaron, abrumados, a los cantos de sirena de la globalización neoliberal". Ma'qué. Entre una imbecilidad masiva y otra hay apenas diez años de distancia. Y si la gente más lúcida perdió el horizonte analítico no ya por una depresión generalizada, sino por incapacidad de otear un futuro en manos exclusivas de la bestia ora imperial, ora de capitales transnacionalizados, que se meta la lucidez un poco más abajo del final de la espalda.

El seguro de cambio cuando los milicos y el 1 a 1, cuando el roedor. Los paraguas de Taiwan y las latas de foie gras. El déme dos de Miami y la invasión criolla al exterior europeo y brasileño (y Miami otra vez). La caída del Banco de Intercambio Regional (BIR), en 1980, para despertar a la clase media de su sueño de patria financiera, y el corralito de Cavallo sólo un par de décadas después, y antes el Tequila, para despertarla de lo mismo. La integración al mundo para ser más competitivos, las dos veces, las tres veces, para caernos del mundo. La amenaza del aislamiento internacional, las dos veces, las tres veces, para no aprender que estamos mejor solos que mal acompañados ("Unplugged", como muy bien describió Alfredo Zaiat, en este diario, en el **Cash** de hace un par de domingos).

¿Se llama locura eso? ¿O es la prueba quizá incontrovertible de una mentalidad pasatista, siempre introspectiva, cínica, desentendida no sólo de la suerte de los más débiles sino de la propia? Uno se acuerda del '95, cuando las urnas estallaron de votos por la rata y ya estaba claro que la rata era la rata. No era el patilludo del '89 que prometía salariazo, revolución productiva y recuperación de las Malvinas a "sangre y fuego". No, no, no.

Está bien. Estos 17 años también dan para conmoverse con otras cosas que demuestran los reflejos y la ductilidad de los argentinos. Lo que se llama "movida cultural" siguió firme aun en los peores momentos. Las asambleas, las cacerolas, las fábricas recuperadas, ese estar siempre atentos a ganar la calle, la fuerza de algún periodismo. Y a la par todo eso otro que hace que uno, todo el tiempo, dude entre vivir para gozarla y suicidarse. Más que "locura" a secas es probable que deba hablarse de una tendencia esquizofrénica.

Tal vez no haya que darle más vueltas y ése sea el dichoso Ser Nacional. ▲

“Ah... sos de *Página*”

Por Nora Veiras

Me sorprendió... Está bien, pero no le doy más de tres meses. Lapidario, un editor del “gran diario argentino” evaluaba y pronosticaba así el presente y futuro de ese nuevo matutino que había empezado a hacer cosquillas en los quioscos. **Página/12** irrumpió en una sociedad ilusionada con el retorno a la democracia y ya decepcionada por el “Felices Pascuas”. Armonizaba en un equilibrio imposible a militantes de las distintas sectas de los ´70 con jóvenes formados en el secundario y la universidad de la dictadura. Todos sí compartían la ilusión de hacer algo distinto. “Vamos a decir todo lo que los otros no se atreven a publicar”, fue la consigna original. A lo largo de diecisiete años, el todo o nada del “serrucho” de la Argentina alteró el filo de una hoja que, por suerte, siempre se vuelve a afilar.

“Ah... sos de **Página**” era la muletilla que precedía cada presentación en esos años iniciales. Desconfianza y atracción se combinaban en aquellos que tenían que dar información y más aún en aquellos a los que se les requería información. “Esto es para **Página**”, repetían los colegas que compartían como lectores el entusiasmo de ese diario que se disputaban en las redacciones. Poco a poco fue ganando un espacio y definiendo un estilo de hacer periodismo. Se inauguraba una etapa de continuidad democrática inédita. El periodismo también tenía que encontrar su lugar, explorar los límites en un juego donde convivían viejos y nuevos protagonistas de una obra cargada de odios y amores.

Se tejieron leyendas de todo tipo. ¿Quién hace los títulos de tapa?, era la pregunta obligada. Cuando se respondía: “Jorge Lanata (ex director) y Ernesto Tiffenberg (actual director)”, el desencanto transformaba los rostros. “¿Estás seguro? A mí me dijeron que hay un equipo de publicistas...” Era casi imposible explicarles que era sólo fruto del talento y la precariedad.



Con el riesgo de caer en el cinismo, se puede decir que lo peor que le pasó a la Argentina fue lo mejor que le pasó a **Página**. Sí: Carlos Menem parecía el presidente soñado para la crítica que sustentaba el/al diario. El desparpajo en el ejercicio del poder, el derroche de él y sus secuaces, la impunidad, el travestismo de sus supuestas convicciones. La crónica era la mejor arma para mostrar la crudeza de la noticia. Calificar hubiera sido exagerar la tragedia. Lo que no fue exagerar fue investigar: frente a un gobierno que había convertido la Justicia en un coto de caza, la prensa se erigió en un lugar de denuncia. Muchas veces cayó en la tentación de excederse en sus atribuciones, pero siempre sirvió para sacar máscaras y alertar. La frustración estaba en la falta de condena real para los verdaderos culpables.

Como en la vida, los periodistas y los lectores fueron alternando complicidades y repudios con ese medio que los reflejaba y con el que también se peleaban. Tras diez años y medio de doble mandato de Menem, nació un país contrahecho. Las injusticias son tantas que duele el solo nombrarlas. La ilusión de la Alianza duró nada y el peronismo volvió al poder.

Pero esta vez “el movimiento” parece inclinado hacia el otro lado. Habrá que ver. Siendo desconfiado, se podría pensar que quizás, por instinto de preservación, el propio sistema está dispuesto, esta vez, a cambiar.

El vértigo de la Argentina es tal que cualquier pronóstico es *a priori* falso. **Página** seguirá conviviendo en ese vértigo, y los lectores, esperamos, seguirán peleándose y reconciliándose con un diario que, como decía su ex director, “es lo más independiente que puede para subsistir en el mercado”. ▲





Desde aquella impunidad

Por Victoria Ginzberg

Página/12 surgió casi en el mismo momento que la impunidad. Desde sus primeros números le tocó describir cómo los militares acusados de violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura iban recuperando su libertad al ser beneficiados por la entonces reciente ley de Obediencia Debida. Poco después, el indulto terminó de conformar la matriz de la Justicia que rigió en la Argentina durante la década del '90.

Los militares gozaron por un tiempo de una libertad irrestricta e inmerecida. Sus víctimas directas se topaban con ellos en los lugares menos pensados, como en el centro de atención a la víctima de la Policía Federal, donde se recicló mientras pudo el represor conocido como "Alacrán". Mientras tanto, los funcionarios públicos se apoderaban sin remordimientos de lo que pertenecía al Estado. Era difícil que pensaran que podrían ser castigados si responsables de delitos atroces no recibían ninguna sanción.

Pero poco a poco quienes habían participado de la represión ilegal se fueron encontrando con una sociedad que los repudiaba: los "escrachaba" en sus casas, frente a sus vecinos, en los restaurantes o cafés, en los lugares de veraneo. Tampoco era fácil escaparse. La Argentina empezó a ser una gran cárcel.

La confesión del ex marino Adolfo Scilingo sobre su participación en los "vuelos de la muerte" sin duda marcó un quiebre. A pesar de que la situación de la Justicia en el país no se modificaba, crecía la idea de que los crímenes que se habían cometido veinte años atrás no podían quedar sin ser investigados y, por lo tanto, castigados. El fallo del juez Gabriel Cavallo cuestionando la validez de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final proporcionó un primer indicio de que la impunidad no era imbatible.

En estos 17 años, este diario siguió de cerca los avatares de víctimas y victimarios del terrorismo de Estado. Ahora, los periodistas de **Página/12** describimos, sin ocultar satisfacción, cómo quienes no deberían haberse librado de la prisión son detenidos, en su mayoría, por primera vez.

Los represores no están en la cárcel que se merecen. De hecho, hasta que la Corte Suprema se decida a expresar su opinión, no es seguro que sigan allí. Pero los mecanismos institucionales están funcionando, lo que implica que el respeto por el estado de derecho que los organismos de derechos humanos, los sobrevivientes y los familiares de las víctimas no sólo demostraron sino que además intentaron difundir, les fue retribuido. Porque lo que permite que se juzguen los crímenes cometidos durante la última dictadura es la existencia de normas internacionales establecidas desde que el nazismo mostró en pleno siglo XX de lo que eran capaces los hombres "civilizados".

A diferencia de lo que un sector de la sociedad pretende instalar, la concreción de esos juicios no son una señal de que estamos anclados al pasado sino más bien de que por fin podremos empezar a caminar hacia delante sin desangrarnos en cada paso. Un signo que debe implicar también el levantar los ojos hacia el funcionamiento de la Justicia en general, a reactivar las causas pendientes contra las decenas de ex funcionarios públicos entre los que María Julia Alsogaray es sólo una pequeña muestra y a mirar dentro de las cárceles donde miles de presos comunes cada vez más jóvenes aprenden de la crueldad a la que son sometidos.

El regreso, 17 años después, de los militares a prisión fue posible por una cantidad diversa de factores. Pero sobre todo porque, más allá de los avatares, de las altas y bajas de la Justicia, hubo mucha gente que mantuvo los brazos en alto. Mujeres que marcharon todos los jueves en la Plaza, que denunciaron frente a todos los gobiernos la relación entre las injusticias pasadas y las actuales, sobrevivientes que no dejaron de buscar ni en las calles ni en su memoria, abogados que se colaron entre las grietas (y las ampliaron) del sistema judicial, tanto en la Argentina como en el mundo. Y en todo este tiempo, estas páginas intentaron estar lo más cerca posible de ellos. ▲

Paranoias argentinas

Por Fernando Cibeira

Que Alfredo Yabrán vive, lo sabe cualquiera. A Carlitos Junior, en cambio, lo mataron, lo mismo que a Juan Castro. Al Diego, qué le voy a contar, le cambió el frasquito la FIFA. A Reutemann le mostraron un video explícitamente masculino para que se bajara de la elección. El presidente Kirchner, que tiene cáncer, descabezó a la Federal sólo porque los servicios lo extorsionaron. Durante estos 17 años –y pongo ese plazo porque **Página/12** algo tiene que ver–, las hipótesis conspirativas, paranoicas o directamente enloquecidas de la realidad se hicieron tan comunes entre nosotros que hoy en día es casi imposible que los argentinos tomemos una noticia que aparenta ser buena con alegría, porque nos resulta evidente que alguien tiene que estar haciendo un buen negocio con eso. Desmontar ese entramado no será cosa sencilla, sobre todo porque en este país, ay, muchas veces esas descabelladas hipótesis se convierten en la más patética verdad.

A lo que **Página/12** contribuyó fue a demostrar que los funcionarios decían una cosa y hacían otra. Revelar que la cuñada y secretaria privada del presidente utilizaba sus prerrogativas en la Aduana para contrabandear valijas con dinero del narcotráfico es suficiente para volarle la cabeza a cualquiera. El Yomagate o el Swiftgate fueron la evidencia de que quienes ocupaban las funciones públicas lo hacían para provecho propio. Ergo, todos los políticos son chorros.

Justo nosotros, los argentinos, los más vivos de todos, nos dimos cuenta de que nos tomaban para el churrete. Lo peor es que ya lo imaginábamos, si se les notaba a la legua. Y, como el cornudo, dijimos: "Otra vez no me lo hacen". A partir de ahí comenzamos a buscar lo real detrás de lo que nos mostraban, haciendo un rulo tal que lo verdadero suena más bien falso y lo falso es más verdadero.

Argentos y todo, nuestra condición humana nos lleva a esperanzarnos cada vez que asume un nuevo gobierno. Un incómodo sentimiento del que empezamos a sospechar apenas transcurren unos meses y del que nos arrepentimos decididamente más o menos al año. El "yo no lo voté" es tan argentino como Dios y el dulce de leche.

Tal disposición popular es toda una invitación para los delirios de las páginas web de services en desuso, operetas de cuarta que luego son distribuidas y redistribuidas por cadenas de mails en medio de alertas de virus y viejos chistes de gallegos. El resto lo completan el boca en boca y nuestra interpretación abierta a las explicaciones más atravesadas.

Así, el Presidente actúa aterrado por la difusión de una filmación íntima (que justifica las purgas policiales y los movimientos dentro de los servicios de inteligencia), está el ministro que cobra de las empresas petroleras (por eso el arreglo de las tarifas) y el otro, que se robó todo cuando estuvo al frente de un banco (de ahí que sea tan meticuloso con lo que se dice de él en la prensa). Fantasía y realidad se cruzan y dejan como saldo una sensación de abatimiento. Da todo lo mismo, total, siempre van a hacer lo que les conviene.

Lo más escalofriante es que cada tanto sale a la luz alguna noticia que confirma nuestras terribles sospechas. ¿El cónsul argentino no utilizaba su residencia y su teléfono para un negocio de plomería? ¿El presidente de Independiente no contó que pudo salir campeón gracias a que manejó la designación de los árbitros? ¿No propusieron como embajador en Madrid a una persona vinculada con empresas españolas?

Revertir una lógica de desconfianza no se consigue de un día para el otro. Seguro que lleva años y algunos gobiernos. Inevitablemente habrá nuevas esperanzas y muchas frustraciones, el mismo sube y baja de estos 17 años. Ya sea porque lo marca la realidad o esa extraña *melange* de mito urbano y literatura policial barata que circula en forma paralela, gracias al amigo que está en política o al *weblog* que siempre publica la posta.

A veces es frustrante. En sobremesas familiares, cumpleaños de conocidos o en un viaje en taxi, si viene al caso, hay preguntas que siempre llegan. "Che, vos que sos periodista, ¿es cierto que...". Mi respuesta, tímida y decepcionante, echa la hipótesis por tierra, dando por verdad la versión oficial, siempre menos creíble –y, sobre todo, menos interesante– que el mail anónimo. ▲

Vértigo

Por Alan Pauls

Hago todo lo posible por evitarlo, pero cada vez que pienso en un icono de la argentinidad me viene a la cabeza la imagen del Mono Gatica flameando ensangrentado, con la cara centrifugada por los golpes, como en un cuadro de Bacon, en el centro del ring abstracto donde Leonardo Favio lo hizo abrirse paso y pegar y ser grande y caer en *Gatica*, el clásico que filmó a mediados de los años '90. Esa imagen y ese sonido: el rostro de un ídolo completamente desfigurado, casi irreconocible, sonriendo contra el fondo de una orquesta kitsch, ciega, que sigue celebrando con pompa una apoteosis de la que sólo vemos los escombros. La argentinidad como una simultaneidad escandalosa, a mitad de camino entre el masoquismo cristiano y una crueldad de protocolo sadiano: calvario y éxtasis, desangramiento y euforia, catástrofe y goce. Al mismo tiempo.

En rigor, el icono cristaliza en una pose única lo que la historia despliega en forma de relato: proyectado a escala histórica, el vértigo del héroe-mártir, que nunca es tan grande como cuando sucumbe, se deshilvana en una secuencia más o menos rítmica, más o menos sanguinaria, de subas y bajas, cimas y abismos, elevaciones y caídas. La ciclotimia argentina es el icono-Gatica más una oportuna inyección de tiempo; ya no es instantánea sino narrativa, y la lógica que la rige es, siempre, el fanatismo, modo torpe, hiperkinético y abrumador en el que persistimos en experimentar todos esos resentimientos que confundimos con "intensidad". Y la lógica del fanatismo, prodigio infantil, es siempre la lógica de la decepción. Del Alfonsín del '83 hasta la fecha, la historia anímica del progresismo se superpone con alarmante prolijidad con un rosario de euforias y desencantos, uno de cuyos puntos culminantes (no el único) fue la Alianza que llevó a De la Rúa al poder y al país, apenas dos años después, al incendio. Todos somos Mark Chapman, *groupies* inconsolables, y nada nos estremece tanto como liberar la faca que sofocábamos en un bolsillito y hundirla en la carne del ídolo o la Causa de las que dependían, apenas un segundo atrás, todas nuestras promesas de felicidad. Porque, en la decepción, nuestras fuerzas, antes dispersas en la esperanza, recobran aliento, se tonifican, redescubren toda la agresividad que habían depuesto en aras de adherir. Decepcionados resucitamos.

¿Quién no se topó, en los últimos años, con alguno de esos europeos movedizos que, alucinados por la capacidad argentina de resucitar, abandonan unos meses el horizonte previsible de sus medianías y vienen a darse un baño de vértigo a las calles argentinas, donde el lunes la gente vitorea a sus flamantes esperanzas blancas y el martes las ennegrece con el humo de neumáticos quemados? El primer mundo nos da lecciones de civilización; nuestra retribución, a la vez espasmódica y regular, es esa pedagogía del defraudado. Y uno piensa o teme pensar: ¿y si eso –esa compulsión a adherir, decepcionarse y resucitar– fuera realmente la pasión, la pasión argentina, fuente de todas las atrocidades que los corresponsales extranjeros redactan mientras frenan los gases con pañuelos y de todas las hazañas artístico-culturales que los turistas valoran como milagros? Hace algún tiempo (primeros meses del 2002, tiempos de caos: todo era o parecía múltiple y aterrador y posible), en un rapto no sé si de optimismo o de desazón, imaginé a la Argentina como un gigantesco canal de cable –mezcla omnívora de *weather channel* especializado en tormentas, *reality tv*, señal de comedia y laboratorio de programas piloto siempre rechazados– que el mundo sintonizaba de vez en cuando para procurarse los toques de adrenalina que exige toda existencia confortable. Me da la impresión, ahora, de que el formateo televisivo que había imaginado entonces estaba lejos de ser el más desolador, y que la malcriada lógica bursátil de las euforias y decepciones argentinas es infinitamente más temible. ▲

¿Desgracia a la cabeza?

Por Alfredo Zaiat

La tía abuela se espantó: –El 17 a la cabeza, ni *loca* (22). Es la *desgracia*. Su *sobrino* (68), también amante de los números y, por lo tanto, exorcizado con cada uno de los significados que se le adjudica en el juego, la respaldó en el mismo momento que sacaba del bolsillo las boletas del Loto y quiniela con la esperanza que el *cementerio* (94) o *la niña bonita* (15) lo haya bendecido. No tuvo fortuna, como es costumbre. Su *hijo* (52), o sea el sobrino nieto, insistía con que el 17 era su número de la suerte desde *niño* (02): –Yo estaba *enamorado* (93) de mi maestra de cuarto grado, fue siempre mi preferida, y se casó un 17 de agosto. Los dos saltaron con los ojos desorbitados, como si hubieran encontrado un mensaje bendito: –Jugá al 63 (*casamiento*) o al 84 (*la Iglesia*).

Los últimos treinta años de la economía argentina fueron una gran lotería, un gran paño donde las riquezas o las miserias se terminaron distribuyendo no por azar sino por la rapidez para pasarle el *muerto* (47) al Estado. O por jugar con habilidad en el mundo financiero o bursátil, destreza que implicaba aprovechar las ganancias rápidas y no andar *borracho* (14) con el *dinero* (32) fácil, puesto que de esa forma, al final, terminaban haciendo *agua* (01). La tablita, el austral y la convertibilidad fueron *fiestas* (20) que mostraron que, pese a que el *cuchillo* (41) de esos planes había dejado heridas profundas, los *vicios* (69) no se abandonaron con tanta facilidad.

Por ese motivo muchos se convencieron a fuerza de la sucesión de *caídas* (56), de las cuales en sus respectivas recuperaciones quedaron en escalones inferiores previos del *incendio* (08), que Argentina es, aunque les cuesta admitirlo, *yeta* (13). Sin embargo, para *sorpresa* (72) de esos *soldados* (12) del pesimismo y para desmentir esa mala fama, el país acaba de ganar el Loto, la grande de Navidad y Año Nuevo y el pozo del Quini 5 en un mismo momento. Y la mayoría todavía sigue hablando de crisis, que es comprensible por *el miedo* (90) que selló *las llamas* (76) del diecinueve y veinte de diciembre, corralito, devaluación y pesificación.

La verdad es que, a esta altura, hablar de la crisis es una historia vieja, aunque ésta haya dejado una estructura social fragmentada y expulsado a la mitad de la población fuera de la *mesa* (97). Argentina, por esas razones que desorientan a economistas propios y extraños, tiene una capacidad de resucitar que asombra. Lo que pasa es que ahora goza de la *gallina* (25) de los *huevos* (00) de oro. Y son huevos doble yema: soja + petróleo.

Los precios internacionales de esos dos commodities que cotizan en valores por las nubes son como *anillo* (16) al dedo para erguir de *la cama* (04) a una economía que estaba postrada. *La lluvia* (39) de dólares por las exportaciones de la fórmula S+P facilitó el rescate de la *inundación* (62). Los productores del campo, que estaban *ahogados* (58) por sus deudas, levantaron *la cabeza* (34); algunos porque pudieron arrendar a buen precio sus lotes; otros porque reunieron el capital para sembrar el poroto sagrado. Las mieles de la soja, a pesar de que la producción y comercialización se encuentra bastante concentrada, se distribuye a varios sectores. En cambio, la súper renta que regala el oro negro queda en muy pocas manos.

El Estado, entonces, interviene en esas utilidades extraordinarias, en las del campo y en las de los petroleros, a través de retenciones (impuestos a las exportaciones). Así, con la recuperación global de la economía y actuando de *cazador* (65) de un porción de esas rentas, el Tesoro Nacional ha ido acumulando excedentes que fueron a paliar en parte los efectos de la crisis. Esta vez, y a pesar de aquellos que aunque salga el sol piensan en el *mal tiempo* (83) por venir, el premio mayor del Loto fue para Argentina. En esta semana del aniversario, el 17 a la cabeza. ¿Saldrá? ▲

Fotomontaje Alfredo Argento



La fábula del chita y la tortuga

Por Raúl Dellatorre

El chita, también llamado guepardo, puede alcanzar velocidades de 110 kilómetros por hora. Es el animal más rápido de la Tierra. En estos diecisiete años, de 1987 hasta acá, la sociedad argentina vivió varias veces la sensación de vorágine. Y disfrutó de la velocidad, aunque no supiera bien hacia dónde corría. Vivió la euforia de los primeros tiempos de Menem y el destino de modernidad, de Primer Mundo, de viajes al exterior, de equipar la casa con lo último. Y si no había casa, había crédito para comprarla. En dólares, claro, comprados a un peso, valor que prometía ser eterno. Así también vivió la euforia del primer año de Kirchner, con sabor a revancha, el reverdecer de los valores sociales, el resurgir del Estado. La sensación de vertiginosa salida de un pasado oprobioso. Entre uno y otro, también hubo un paso vertiginoso de Rodríguez Saá por el sillón presidencial, inmediatamente sucedido por un no menos veloz Duhalde para terminar con la convertibilidad.

La tortuga terrestre, aunque no es el ser vivo más lento, lleva ese estigma. También hubo épocas en esos años en las que la inacción dejó la sensación de lentitud, pasividad, parsimonia. Así fueron los últimos años de Alfonsín, hasta que en 1989 le dejó paso al vértigo. De la Rúa en el gobierno, desde diciembre de 1999, se ocupó rápidamente de pinchar las expectativas de cambio, adormeciendo todo entusiasmo. La tortuga jamás avanzó, o al menos nadie la vio en movimiento. El prometido despegue sólo se cumplió cuando el helicóptero partió de la Casa Rosada. Otros tiempos más vertiginosos estaban llegando.

A diferencia de otros depredadores, el chita elige su presa. Si corre a una manada, no ataca al que cae o queda rezagado –al más débil–, sino que busca al elegido al iniciar la persecución. Kirchner hizo de sus discursos un estilete contra petroleras, privatizadas, organismos internacionales. Menem también eligió presas poderosas, al menos desde la formalidad democrática: la población que lo había votado y la prensa.

La tortuga terrestre es exclusivamente herbívora. Sus crías suelen ser fácil presa de los zorros y aves rapaces. El Alfonsín de 1987 ya no podía hincarle el diente a ningún rival poderoso. De la Rúa ni siquiera se tentó con platos tan fuertes. Ambos dejaron a sus crías –una joven generación de dirigentes de la Junta Coordinadora en el primer caso, el Frepaso en el segundo– a merced de zorros y aves rapaces en su debacle.

El chita no tiene hábitos nocturnos: sólo caza y devora sus presas bajo la luz diurna. Menem ni siquiera disfrazó sus favores hacia el poder. Kirchner es otro cultor de la alta exposición pública y tiene una marcada preferencia por dar pelea a plena luz del día, antes que en encuentros reservados. Rodríguez Saá no dejó un solo día de exponer sus movimientos, pero se le vino la noche antes de lo que esperaba.

En el horóscopo maya, los nacidos bajo el signo de la tortuga son conservadores en sus costumbres, creen en las normas de la buena educación y la ética. Suelen aparecer como "chapados a la antigua". Tanto Alfonsín 1987/89 como De la Rúa 1999/2001 creyeron proteger los valores de la democracia y las instituciones con su falta de audacia, al punto de ponerla al borde de su quiebre sin siquiera darse cuenta.

El país intermitente entre la vertiginosidad y la quietud acompañó cada etapa del proceso renegando de su pasado, confiado en la impronta de sus gobernantes antes que en el debate de proyectos. En cada etapa, vivió la euforia inicial hasta llegar a la depresión final. Sintió como propio cada tramo del proceso, pero fueron los tiempos de alta velocidad los que más lo marcaron, hasta ahora. Aquel menemismo irreverente que irrumpió en el '89, derrotando a los "candidatos conservadores" Angeloz y Alsogaray, terminó concretando los sueños de los derrotados en las urnas, marginando a los que supuestamente representaba.

La hembra chita necesita que dos machos compitan por ella para entrar en celo. Entre los votantes de clase baja y los grupos económicos que se lo disputaban, Menem optó por el segundo pretendiente. Kirchner todavía no llegó a esa instancia (¿o sí?), pero la carrera ya está lanzada. ▲



Los estilos del delito

Por Raúl Kollmann

El delito fue subiendo, bajando y, sobre todo, cambió de forma asombrosa en los últimos 17 años. Lo que no sufrió una transformación de fondo es la colaboración y cobertura que le prestaron hombres de la policía a buena parte de los que cometían esos delitos. Durante la década de los ´90, el robo a bancos era más que habitual y el asalto a camiones de caudales casi una rutina. En decenas de casos, el dato lo pasó alguien de uniforme y las zonas liberadas a cambio de un porcentaje de lo robado fueron moneda corriente. Vino la recesión y dejó de ser negocio armar una gran banda para entrar a un banco y llevarse apenas 10.000 pesos. Entonces se impuso el “paseo” por los cajeros automáticos, otra vez en zonas liberadas. La decadencia de esa modalidad llegó con el corralito. La mafia de los taxis funcionó a pleno hasta que mataron al marido de Georgina Barbarrosa, el escándalo conmovió al país, y el fenómeno se terminó cuando asombrosamente la policía detuvo a las dos o tres organizaciones que operaban en la Capital. Después, la inmensa oleada de robo de autos, con la catarata de homicidios que produjo. Se redujo en pocos meses a la mitad al hacerse algo obvio poner la mira en los desarmaderos, protegidos por policías y políticos. La moda de la toma de rehenes, del secuestro extorsivo, el secuestro express, los asaltos a restaurantes y los robos en casa de ancianos fueron y vinieron, incluso en parte quedaron todavía hasta hoy, siempre con el termómetro oscilando de acuerdo a los niveles de la colaboración policial con cada uno de los delitos.

A lo largo de 17 años, las furias contra los uniformados tuvieron picos y momentos de tranquilidad, pero hubo tres momentos en que la complicidad se les hizo palpable a casi todos los ciudadanos del país:

■ **1992-1994.** Atentados contra la Embajada de Israel y la AMIA. Los policías no estaban en sus puestos cuando estallaron ambas bombas. En la investigación, quedó en claro la forma en que policías bonaerenses hacían negocios con el armador de autos truchos Carlos Telleldín, a quien extorsionaban cobrándole un porcentaje de los coches con partes robadas que vendía. En las escuchas telefónicas, realizadas apenas durante quince días, se verifican acuerdos con otros 26 delincuentes.

■ **1997.** Asesinato de José Luis Cabezas. Un oficial de la Bonaerense, Gustavo Prellezo, contrata a cuatro ladrones para secuestrar al fotógrafo. Los lleva en su propio auto a la costa, junto con otros dos policías les alquilan una vivienda, les permiten vender droga y después todos participan en el secuestro de Cabezas, al que esposan, le pegan dos tiros en la nuca y queman el cuerpo. La Justicia sostuvo que actuaron al servicio de Alfredo Yabrán.

■ **1999.** Asalto con toma de rehenes del Banco Nación de Ramallo. En la banda, un policía. Los datos para dar el golpe, aportados por otro policía. La masacre posterior, que incluyó la muerte de rehenes, protagonizada por uniformados que, sospechosamente, dispararon sin control alguno, como si el objetivo hubiera sido silenciar tanto a ladrones como a rehenes. Horas más tarde, un ladrón sobreviviente aparece colgado en su celda.

Pero más allá de esos picos, en las oleadas sucesivas se vio con nitidez que las corrientes del delito se movían en consonancia con el acompañamiento policial. Hasta la banda del Gordo Valor robaba bancos en complicidad con uniformados que llegaron a proveer las armas. Hubo pueblos de 700 habitantes en los que se encontraron desarmaderos de 5000 coches, muchos de ellos con manchas rojas de policías a los que les robaron el auto para venderlo a esos antros protegidos por otros policías y sus padrinos políticos. En la industria del secuestro el Negro Sombra no sólo se hizo famoso porque mantuvo cautivo al padre del Negro Astrada, sino también porque resultó ser un conocido confidente policial. A Axel Blumberg lo mató una banda de ladrones de autos devenidos en secuestradores que actuaban con impunidad garantizada en la zona donde lo tenían escondido y en el mundo del negocio de los coches. Aquella noche nadie contestó los llamados en la comisaría, igual que la madrugada en que mataron a Cabezas.

Comisarios que se retiran millonarios, suboficiales que andan en 4x4 y una mayoría de la población que se pregunta si esta vez van a cambiar las cosas o habrá que esperar el próximo estallido de la mezcla de delito con uniforme. ▲



Todo, menos estoicos

Por Claudio Uriarte

“Dios te libre de vivir tiempos interesantes”, dice un proverbio chino, y la espasmódica Argentina, con sus oscilaciones salvajes entre la euforia y la catástrofe, parece una cabal ilustración de los males de esos tiempos. Pero también es cierto que en chino las palabras “crisis” y “oportunidad” comparten los mismos caracteres. Soy muy consciente de que he empezado esta nota con dos lugares comunes, pero la vida argentina parece un lugar común: “Era el mejor de los tiempos y era el peor de los tiempos/... era el tiempo de la esperanza y era el tiempo de la desesperación”, como dice Charles Dickens en el memorable poema que abre su novela *Historia de dos ciudades*.

Pero el eje del asunto es que debe resistirse la predisposición nacional a la melancolía. Para seguir con las frases célebres, “hay que tenerle miedo sólo al miedo” (Winston Churchill); “si puedes encontrar al triunfo y al desastre/y tratar a esos dos impostores del mismo modo/... si puedes afrontar la ruina de todo lo que has hecho/ y repararlo todo con herramientas medio rotas (...) tuya es la vida, hijo/ y lo que es más, serás un Hombre” (Rudyard Kipling), “la gente vale según la cantidad de verdad que es capaz de soportar” (Friedrich Nietzsche), o –lo que es esencialmente lo mismo– “el coraje es la mayor de todas las virtudes, porque garantiza todas las demás” (nuevamente Churchill).

Pero la nacionalidad argentina no comparte este topo de estoicismo. En general, prevalece una inclinación al melodrama y la autolamentación. Eso, paradójicamente, termina favoreciendo la tragedia. Desde luego, no se trata de imitar la postulación del protonazi Thomas Carlyle, al oponer la “paciente, noble, profunda, sólida y piadosa Alemania” sobre la “fanfarrona, vanagloriosa, gesticulante, pendenciera, intranquila, hipersensible Francia”. Pero sí de alegrarse y de celebrar, como lo hiciera el inolvidable Gabriel Syme de G. K. Chesterton en *El hombre que fue jueves*, por el hecho de que los trenes lleguen a tiempo, y que llegar a la estación Victoria sea una victoria en sí misma, después de todo.

Sin embargo, el diseño en forma de serrucho de la vida argentina, por el cual se sube y se baja de modo casi permanente, también conecta con la acepción metafórica del serrucho como modo de trepar y de mover el piso: las crisis, recordémoslo de vuelta, son oportunidades. Alfonsín subió gracias a la debacle de los militares en Malvinas y a las presunciones de un acuerdo de impunidad entre los dictadores y el peronismo; Menem pudo imponer su modelo neoliberal gracias a la hiperinflación y la anarquía de finales del gobierno inconcluso de Alfonsín; De la Rúa y su Alianza subieron gracias al hartazgo de la sociedad con la corruptela menemista; Duhalde tomó el poder gracias al catastrófico derrumba-

Pablo Piovano

La patria capicúa

Por Juan Sasturain

Marechal la describió adolescente. Y debía tener razón. Porque las patrias –no digamos los países, que son parches de colores apenas hilvanados sobre los mapas– no cumplen ni les caen los años como a nosotros. Es sabido lo que significa un día para la mariposa: apenas un segundo para la tortuga. Las patrias, parece, cumplen un año cada década. Los diarios son un poco más veloces y, a la inversa de los perros, no cumplen siete cada año, sino un año más cada siete. Así, los 17 a los que alguna vez querrá volver **Página/12** cuando se ponga Violeta, se corresponden con algo más de dos infantiles añitos. Ya caminamos bien, hablamos bastante y decimos lo que se nos canta, incluso somos graciosos; pero todavía solemos cagarnos encima y tenemos mucho que aprender.

Pero el tema es ella en estos años, nuestra inmadura patria que, pese a estar al filo de los veinte, no terminó el secundario –repitió otra vez primero– y viene con una adolescencia complicada y en apariencia interminable. Tras una crianza tormentosa, tuvo una niñez tranquila con buenas notas y muchas ilusiones de sus conservadores padres y sus interesados tíos de afuera. Pero el despertar de las hormonas y las peores compañías la despelotaron hasta hoy: problemas de conducta y aprendizaje –para no hablar de los laborales–, inestabilidad emocional resultado de sufrir abusos reiterados, caída en las drogas y víctima habitual de la desidia y la mala praxis de terapeutas aventureros. Consecuencia: varios intentos de suicidio. El último hace muy poco. Ahora está internada, bien cuidada, más o menos estable, pero vacilan en sacarla de terapia intensiva, aunque ella se quiere ir. Suele hacer esas cosas. Es más viva que inteligente, bella, rápida al pedo, atorrante y muy seductora. Para algunos, ya aburre. Como toda loca irrecuperable.

No creemos que sea así. Esta última etapa de nuestra patria, de la que hemos sido testigos (década y media larga), coincide con la manifestación de un síndrome de confusión adolescente tardío llamado por los expertos "período capicúa". Este ominoso segmento vital del que la extraviada Argentina trata de zafar –aunque ella no ayude demasiado, por cierto– se expresó en su apogeo virulento y se manifiesta aún a distancia en el capicúa emblemático: Menem, el reversible. **"Señores, yo estoy cantando / lo que se cifra en el nombre"**, dijo un ciego que en el fondo se hacía. Y la cifra, el secreto de la patria capicúa y su emblemático genio y figura, es que cabeza y cola (no otra cosa significa la palabra) podían ser lo mismo y han cumplido por años función equivalente, han sido intercambiables: comer carne y mantener relaciones carnales. Pobre piba (la patria, digo).

Al confundirse atrás y adelante (**"Estamos mal pero vamos bien"**: salto al vacío para caer de culo), y mezclarse categorías de derecha e izquierda (peronistas liberales y liberales peronistas) Menem barajó y repartió de nuevo, trastrocó valores con cartas marcadas. Y la patria perdió el (doble) sentido, la dirección y la cabeza, y juega todo el tiempo al poliladro con los ojos vendados de la gallinita ciega.

El síndrome de la adolescente patria capicúa no tiene vacuna ni tratamiento a corto plazo. La privatización de la cabeza, el aumento de las penas a los sentimientos y los estiramientos extremos tipo Túpac Amaru no parecen un buen camino terapéutico. Ya veremos cómo está –o qué queda de ella– cuando cumpla los veinte y lea a Paul Nizan. ▲

miento del castillo de naipes de la convertibilidad que De la Rúa y Domingo Cavallo se obstinaron en mantener, en gran parte para mantener las simpatías de la clase media que apoyaba ese modelo, y que después se sumó febrilmente a su derrocamiento. Esto, en verdad, es parte de la lógica de progreso de la historia, o de la "astucia de la razón" hegeliana: un error deriva en una verdad que en algún momento se convertirá en un nuevo error.

Pero no hay dudas de que el signo distintivo del carácter nacional es la histeria; la bandera argentina, en lugar de tener un sol en su centro, debería incorporar una veleta. Pocos recuerdan ya que la misma clase media que ahora se viste de progresismo apoyó entusiastamente a la dictadura militar, que le permitió viajar a Miami y comprar electrodomésticos importados. En este sentido, quizá debería defenderse una nueva forma de voto calificado, donde votaran solamente los más ricos y los más pobres: porque, contrariamente a la clase media –que vive en un mundo de ilusiones y fantasmas, entre la expectativa de ascender socialmente y el terror de perder el trabajo–, son los únicos que juzgan a los políticos de acuerdo al principio y a la lógica de la ganancia. Eso, desde luego, no ocurrirá, y los mismos pobres, en su deseo de ascenso social, tienden a adoptar las fantasmagorías de la clase media. Por eso, la clave es saber cuándo caerá el próximo diente del serrucho. ▲



El misterio argentino

Por Sergio Kiernan

Será un misterio que dure hasta el día del juicio final, por la noche. ¿Qué hace de Argentina un país tan variable? No puede ser el clima, porque donde vayas el barómetro se aburre de no cambiar más que lentamente y en una banda estrecha. Buenos Aires siempre húmeda, Córdoba siempre seca, el Chaco un pantanal, el sur ventoso. Todos los climas, decía el manual Kapelusz, pero parece que cada uno en su lugar.

Este buen orden climático no se corresponde con el permanente vaivén de la vida pública. Los 17 años de **Página/12** –una franja de tiempo arbitraria pero válida– abarcan del entusiasmo democrático alfonsinista a la resaca del pingüinismo, la inverosímil década menemista y la triste parodia de los presidentes-por-un-día. En el camino pasamos de ser un país de Citroëns y Gordinis a la disolución de la híper, a las compras en Nueva York (y Miami, y Londres, y Madrid, y...), al desempleo, al crack del sobreendeudamiento, a la caída del Durmiente, al que se vayan todos, al presidente con 20 por ciento de los votos.



En esta locura, hay dos constantes. Una es el peso de la política en la vida de la gente. A su vaivén surgen y se esfuman clases sociales, vuelven los exiliados de la dictadura y se escapan los del ajuste, hay pueblos que quiebran y booms inmobiliarios. Los argentinos pensamos el futuro no como queremos –ni remotamente como queremos– sino como nos dejan los que organizan terceros movimientos, restauraciones estatistas o privatizaciones paradigmáticas.

La otra constante es la desorientación, la sensación de no pegar una. El que se encontró un día con que su tarjeta de crédito valía algo en el primer mundo, en el fondo no podía creerlo. Era de no creer nomás, y el otro Fondo se encargó de cancelar esa ilusión. Los políticos aprovechan que andar perdido da la sensación de que las cosas cambian –uno camina por el bosque, los árboles pasan, hay un claro o un arroyo, se siente que se está yendo a alguna parte– cuando en realidad se traza un círculo, como caballo de calesita.

Mucho más pobres, nos conformamos ahora con que las cosas no empeoren. Kirchner trata de insuflar un aire de epopeya a su gestión, pero todo el mundo está curado de espanto de arengas y banderas al viento. Su capital político parece consistir en una imagen de honestidad y en la conciencia de que aunque nadie se crea nada, él cree en lo que hace. Le alcanza, porque ya quedó claro que una nueva clase política no cae de los árboles de un día para el otro.

Esto explica también que los cambios que vivimos en estos años y que parecen permanentes –la muerte de la censura, Florencia de la V. superstar, los muchos casos en que la gente se organiza para lograr justicia o resultados– son justamente cambios en que los políticos no intervinieron. Por default, parece que aprendimos a hacernos cargo de algunas cosas y no dejarles todo a ellos.

Esto quizá sea cinismo, pero también puede ser un cauto realismo, una admisión de que no éramos tan geniales después de todo, que el camino debe ser largo y sin atajos, que no tenemos mucha idea de para dónde disparar. Si Argentina es un país en recuperación de sus delirios políticos –paciente de Megalómanos Anónimos– esta fase debe ser aquella en que nos paramos y decimos "mi nombre es Argentina" y confesamos nuestra adicción.

Es entonces cuando se pasa a hablar de buena administración, de ley, de honestidad en la cosa pública, de inversión a largo plazo, de respeto a los derechos humanos, lo que irrita a más de uno. Son los que aman la gesta y desprecian como gerentes a los que se toman el trabajo de pensar domésticamente. Por así decirlo, a los que plantan robles sabiendo que toma veinte años que parezcan árboles. Como suele repetir un pensador de cabotaje local, nadie está dispuesto a dar la vida por un presupuesto balanceado. Tiene razón. Pero se olvida de que tampoco nadie va a matarte por un presupuesto en orden.

En 17 años, la disolución de sus sueños descolocados dejó a este país más triste, más realista, con una agenda donde figura en alto darles de comer y mandar a la escuela a muchos, muchos chicos. No es hora de ser Potencia, Primer Mundo o fanal de los no alineados. Que haya un poco de previsibilidad, que no es sólo una chicana de los bonistas. ▲



Un sentimiento

Por Juan Ignacio Boido

Supongamos que nos encontramos en un país lejano, ajeno, un país de esos que los libros llaman "remotos". Un país cuya capital se nos presenta cosmopolita, políglota, con librerías en las veredas y bares donde los parroquianos discuten cuestiones que nos son extrañas pero cuyos modos campechanos y apasionados nos hacen imaginar ideas nobles y futuros justos, mientras la frescura de las palmeras y el olor del invierno prístino nos acerca a esa tierra adentro que todavía no visitamos. Supongamos que nos encontramos en la plaza principal de esa capital, una plaza cuyo nombre conmemora la Revolución; y que en la cabecera de esa plaza la Casa de Gobierno mantiene la tradición de seguir vistiendo, con estoica grandeza, el mismo color con que doscientos años antes se engalanó para recibir bajo su techo a la Libertad: el color de la sangre de sus hijos mezclada con cal. Supongamos que nos encontramos en un país así, y que, un poco por necesidad y otro poco por sentirnos parte de ese lugar, nos acercamos a un hombre y le preguntamos la hora. Supongamos que el hombre consulte su reloj, mire al cielo y nos responda: "Son las cuatro menos cuarto, pero por la tristeza de los pájaros se sienten como las seis y diez, ¿verdad?". ¿No nos quedaríamos sorprendidos, azorados? ¿No pensaríamos, acaso: "En qué país maravilloso me encuentro. Un país de caballeros y poetas, un país casi metafísico, una ciudad de infinitas posibilidades"? ¿O huiríamos despavoridos?

¿O nos quedaríamos impertérritos, impávidos, incólumes, porque al final de cuentas conocemos el sentimiento, nosotros, habitantes de ese país de nombre de plata y río color de león que inventó la Sensación Térmica?

¿Qué puede llevar a un país a desafiar las leyes básicas de la física? ¿Por qué arrogarse el derecho a convertir un dato fáctico en una sensación? ¿No es, acaso, la unidad de medida inamovible por definición? ¿Si compramos dos metros de lana y nos venden uno setenta quiere decir que el vendedor sabe que no va a hacer tanto frío?

Quizá por su tradición psicoanalítica, quizás por su snobismo lacaniano que en todo encuentra otra cosa, en la Argentina parece profesarse una inclinación casi esotérica por el síntoma. Por el hecho, por ejemplo, de que Eva Perón haya muerto a la misma edad que Cristo. O que un cáncer de lengua haya silenciado al orador de la Revolución. O que la antropofagia, una práctica tan perdurable a nivel simbólico, haya arrasado con la primera fundación de Buenos Aires. O que la ceguera haya resultado el destino de nuestro escritor emblemático. O que –digamos– Carlos Gardel y Charly García compartan las mismas iniciales. O que –pongamos– un peso valga un dólar. Como las viejas tribus, que veían en un pájaro negro la condena de los dioses y en un sacrificio el atajo a la gloria, la Argentina cultiva, además de soja, la idolatría a sí misma, y en esas pequeñas bromas cifra su grandeza o su desgracia. Quizás, el hecho de que la familia Bin Laden vaya a construir la torre más alta del mundo debería ser prueba cabal y suficiente de lo lejos y a salvo que estamos, por ahora, de los grandes simbolismos que forjan el curso de la Historia.

Es una pena que no haya nada cifrado en la naturaleza argentina (los adolescentes no tendrían crisis vocacional, los padres sabrían si tramitar la ciudadanía de la abuela y los abuelos se podrían ir en paz sabiendo si valió la pena o no). Pero lo único cifrado en la Naturaleza (argentina o no) es el instinto de supervivencia: la saciedad del hambre, la procreación de la especie, la muerte de los rivales y la defensa de propia progenie. El resto es civilización: civilización que, como todas, crece para decaer por su propio peso: el lujo, la displicencia, la corrupción. Hizo falta un francés para burlarse de nuestra jactancia: Buenos Aires es la capital de un imperio que nunca existió. Esta superstición, apoyada en una tierra fértil y los estertores de un proyecto educativo que alguna vez fundó el país, debió, me imagino, dar rienda al hábito de la distorsión. Después de todo, quien desciende de un imperio que no existió, bien puede decidir cuál es la temperatura. Queda para alguna rama de la psicología sociológica, o para una mitología futura, explicar por qué todo un país es dado a este tipo de percepciones distorsionadas, capaces de alcanzar cimas como la geografía imaginaria (los mapas argentinos incluyen una así denominada "Antártida Argentina", a pesar del tratado internacional, suscripto por este país, que suspendió por tiempo indeterminado todo reclamo de soberanía). Mientras tanto, a la espera de esas explicaciones, sería bueno conocer un día en que la Argentina, como la temperatura, no se explique mediante la evocación de un sentimiento. Explicar lo que un país es, o quiere ser, debería resultar tan claro como responder qué hora es.

Para vuelo, me quedo con la abuela de un amigo, que decía: "Abrigate que hace un frío de domingo". ▲

La autopista del sur

Por Leonardo Moledo

Todos marchamos, en la niebla todos
por la autopista del sur.
A tientas en la niebla
por la autopista del sur
a toda velocidad
por la autopista del sur.
¿Habremos de morir
en la autopista del sur?

El tiempo fluye a raudales
por la autopista del sur.

Vivir en la Argentina
es como recorrer
a gran velocidad
la autopista del sur.
Pasan villas miseria, pasan zonas
opulentas, grandiosas
pasan puentes y lugares
que van a todos los puntos cardinales,
del sur al norte, del este hasta el oeste
¡oh sensación de poder y omnipotencia!
¡oh ser dueño del espacio y de los tiempos! y el auto
sigue a gran velocidad
despreocupado del destino.

Y cada tanto hay baches, botellas
atravesadas, puentes rotos, basura
lugares sórdidos que los dioses olvidaron
donde la peste, el hambre y la muerte
los cuatro jinetes del Apocalipsis
hacen su agosto, su marzo o su septiembre
restos de naufragios anteriores, lugares simbólicos
donde ya se ha perdido la esperanza.
Pasás encima de todo, pisándolo
sin siquiera enterarte.

Dejad toda esperanza los que venís
a mí, dice una entrada lateral. Pantano.
¡Pero cuidado! Nada
es cierto
en la autopista del sur.
Anuncia niebla una noticia falsa
y un cartel luminoso dice "autopista despejada"
allí donde ha volcado un camión que arde
y las familias de los muertos lloran sobre los cadáveres
vestidas con el luto de los príncipes
orgullosas de su dios y su destino
y maldiciendo a la tierra y al tiempo
inexorable que los lleva
por la autopista del sur.

Fluyen los autos, los cuerpos, los cadáveres.
Fluyen la muerte y la esperanza
por la autopista del sur.
Todos veloces, en la niebla todos
Fluyendo como jinetes enloquecidos de horror
Se escucha en las cavernas la risa de los dioses
que abandonaron a los autos incautos
para que cumplan su destino.

Volver a los diecisiete es como lanzarse tanteando
a la autopista del sur. De pronto
los autos se acumulan y un enorme
embotellamiento detiene
todo.

Auto con auto, cuerpo a cuerpo protestan
los conductores que temen
la eternidad en la ruta
vivir y morir allí
auto con auto, golpe a golpe, verso a verso
limitando la superficie esmerilada con la superficie esmerilada
viendo al otro conductor enfurecido
que clava la vista en un infinito de coches
y maldice al cielo por haberse embarcado
en la autopista del sur (ese desconocido será para siempre
tu compañero en la desgracia
en esa inmovilidad que te sacude, esa impotencia que te impide
dejar el auto y seguir caminando
porque sabés que no llegarás a ningún lado).

Solo habrás de esperar eternamente
en la autopista del sur.

De un lado la miseria te amenaza
lugares precarios poblados de sombras peligrosas
que te acechan desde el borde
y del otro lado del cemento inmensas bóvedas
de alumbrados palacios y piscinas
donde gente espléndida se exhibe ante la luna y el sol.

Y esperás para siempre
en la autopista del sur y cuando
ya creías
que te quedabas en ese sitio para siempre
de pronto
algo pasa
no sabés qué, algo pasa
porque ocurre muy por delante tuyo
en un lugar que no ves ni adivinás;
el rostro de tu vecino se distiende
y todo empieza a moverse.
Muy lentamente al principio
se dispersan los autos, se extienden ya, y aceleran
vuelan ya por la autopista del sur
y feliz acelerás, acelerás por la autopista del sur viendo otra vez
pasar la opulencia y la miseria
y sabiendo que muy poco más allá
deberás detenerte nuevamente
y esperar entre un nuevo mar de coches
inmóvil
la muerte. ▲



El cuento de un país de novela

Por Rodrigo Fresán

UNO La tan interesante como perturbadora facilidad con que la literatura argentina produce tantos grandes cuentistas –y tantos grandes cuentos– siempre a la sombra terrible de grandes y contadas novelas. ¿Por qué?

DOS ¿Por qué no? Pero no se trata aquí de volver a ensayar –a la luz despiadada de las estadísticas, el marketing y la idea un tanto infantil y fálica de que "cuanto más grande y largo mejor"– una siempre vigente defensa del Género/David enfrentado al Género/Goliath, sino de procurar comprender por qué ciertas naciones son Países Cuento y ciertos países son Naciones Novela.

TRES Estados Unidos, por ejemplo. Dedicado desde el principio de sus tiempos –desde *Moby Dick* y *Huckleberry Finn*– a la casi compulsiva persecución y captura de sucesivas Grandes Novelas Americanas nunca del todo consagradas con esa etiqueta; porque la gracia no está en colgar el trofeo embalsamado en una pared de la biblioteca sino en la persecución constante de la ballena blanca río abajo. Así, la historia norteamericana –una larga y sostenida tradición democrática donde el enemigo siempre viene de afuera– produce novelistas que en sus ratos libres, para alimentarse entre una novela y otra, escriben cuentos formidables. Las excepciones a la regla, como siempre, suelen ser literalmente excepcionales.

CUATRO No es raro entonces que la espasmódica, esquizofrénica y siempre interrumpida e interminable historia nuestra –pensar en estos últimos 17 años no como en una montaña rusa sino como en una montaña argentina donde todo sube por el simple hecho de poder bajar desde lo más alto y a mayor velocidad y así volver a trepar– haya producido siempre cuentistas geniales que, si bien de tanto en tanto escribían una novela, volvían felices al cuento para ser reconocidos, allí, como maestros de la forma. No es casual, claro, que Borges –el paradigma de escritor argentino– jamás haya escrito una novela. Y que la lectura de sus cuentos, uno tras otro, acaben armando los capítulos de la novela secreta y fantasmal de un país zombie...

CINCO ...y que las más grandes y más famosas novelas argentinas aparezcan, siempre, contaminadas por el virus del cuento. Pienso en *Rayuela*, en *Sobre héroes y tumbas*, en *Adán Buenosayres*, en *El juguete rabioso*, en *Respiración artificial*, en *El beso de la mujer araña*, en *El sueño de los héroes* –acaso la más formalmente perfecta– que no es otra cosa que la historia de una novela procurando recordar el cuento de una noche. Novelas atómicas, esquirlas en el aire, para ser leídas, siempre, en el instante de un estallido que no cesa.

SEIS Como la desde siempre explosión constante y a la vez interrupta de la historia argentina. Mala novela pero grandes cuentos, siempre terminando para poder volver a empezar. Así, dos fechas para festejar la Independencia. Así, los militares del Proceso y los militares de Malvinas son dos cuentos diferentes. Hay tres cuentos con Perón y dos con Evita (viva y muerta) y varios (demasiados) con Maradona. Menem se ramifica en Juniors y Zulemas y Cristinas. De la Rúa es, apenas, un borrador borrado. El cuento del Duhalde de Menem es negado por el cuento del Duhalde de Duhalde que, a su vez, modifica el cuento de Kirchner. Y dónde están ahora todos esos efímeros presidentes de aquel inolvidable principio de año y final de tantas cosas. Por encima de todos late el cuento de aquella "sexta potencia mundial". Y el cuento de la impotencia con cacerolas. Se necesita calma para escribir una novela; un cuento puede escribirse desde el centro exacto de un terremoto.

SIETE Lo de antes: novela imposible; pero insuperable colección de cuentos.

OCHO Y queda por pensar si lo próximo –si lo único que queda– es el ascenso y descenso a nuevas y experimentales profundidades cada vez más lejos de una historia larga y tendida; y donde todo lo que vendrá será cada vez más breve, sintético, fulminante: una de esas ficciones súbitas, un micro-relato, por ejemplo:

NUEVE "Cuando despertó, la Argentina todavía estaba ahí".

DIEZ Todavía. Por ahora. (Continuará...). Etc. ▲



Exilios



Por Andrés Osojnik

Mi papá se murió sin regresar del exilio. Había huido de la Europa en llamas de mediados del siglo pasado cuando tenía 35 años y jamás volvió a ver a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos. Mis hermanos y yo nacimos en la Argentina, pero crecimos en el exilio. Nuestra patria, se nos enseñó como en buena familia de inmigrantes, era la eslovena. "Soy esloveno, de la cuna a la tumba", aprendimos a cantar. En ese idioma, claro.

De chico, yo me sentía exiliado, travestido de nacionalidad. Cuando descubrí la Argentina, ya era tarde. Algo estaba pasando acá sobre lo que había que hablar en voz baja. Y por lo que había que enterrar en el jardín esos libros y revistas que se habían vuelto peligrosos.

Ese hombre que de pronto llegó a casa para vivir en mi pieza se estaba escondiendo, me explicaron. En realidad, yo ya entendía la clandestinidad. La había mamado de los relatos de guerra de mi papá que modelaron mi infancia. El tipo que se había instalado en casa era un exiliado interno. Aprendí a conocer el país donde vivía desde mi propia historia, la del exilio. Cuando mi casa dejó de ser un lugar seguro, él se fue siguiendo aquel remanido grafitti ("Argentina tiene una salida: Ezeiza").

Mi exilio dejó de serlo por esa necesidad adolescente de enfrentarse con el origen, con lo aprehendido hasta entonces. Me asumí argentino. Para entonces, el hombre que se había escondido en casa seguía sin volver. La argentinidad, volvía a aprender, también estaba llena de exilios. Un día una vecina que había viajado a Europa contó indignada que había visto en París un afiche de exiliados argentinos que mostraban a Videla con un sable ensangrentado y una cabeza chorreante a modo de pelota. Era el Mundial del '78 y por las calles no se veía a simple vista correr la sangre de la que hablaban ellos, los exiliados. Y viví el partido contra Holanda en la contradicción de no saber si debía alegrarme o no por los goles de Kempes.

Mi adolescencia llegaba a su fin durante la euforia de la ilusión. Ahora se podía ir a un recital de Serrat y hasta había un profesor que lo dejaba a uno salir antes de la escuela para no llegar tarde a aquel histórico Luna. Ahora se podía gritar en las canchas y se podía votar. Y hasta el tipo que había estado en casa volvía. Argentina dejaba de estar exiliada, había que creer, había que estar para crear lo nuevo, desterrar lo prohibido, exorcizar tanta muerte y desaparición. Había que ir a la Plaza para pedir la aparición con vida.

Y había que bancarse que la ilusión tuviera punto final. Y obediencia debida y primaveras y australes y saqueos y largas colas frente a las embajadas. Todo empezaba de nuevo, aunque de los exilios ahora se hablaba por televisión y se mostraba a los aspirantes a serlo explicar sus razones. Que ya no eran políticas; eran económicas. El peligro de muerte se convertía ahora en la falta de futuro. La lucha, llegar a fin de mes.

Yo me había reconciliado ya con esa canción sobre mi origen y para documentarlo tramité mi nacionalidad eslovena. Mi exilio tuvo también su final rubricado. Por aquí renacía la fiesta, aunque ya no democrática: era una ilusión que se podía comprar en cuotas. Y viajar, y gastar, y ser convertibles y volver del exilio porque ahora, para qué vivir en Europa o Estados Unidos si el Primer Mundo quedaba acá, cerca de la familia.

También eso terminó. Y volvieron las colas frente a las embajadas y volvió de nuevo el exilio, ahora también cultural, no solo económico: había que irse, sin saber muy bien a qué, ni si en otro lado se estará mejor. Irse, dejar el incendio, los saqueos de nuevo, el pánico de ya no ser. Días pasados, un amigo que recaló en Canadá confesó que –hábil para el cuchillo– compró media res. Se enojó con el vendedor porque había tirado a la basura la lengua, los riñones y otras delicias del escabeche o la parrilla. Pero igual logró esos cortes que compartió con sus amigos argentinos. Ese día se empachó de asado. Y llamó para contarlo.

Alguna vez mi mamá me dijo que yo había nacido aquí por casualidad. A él nunca se lo dijeron. ▲

Como si manipulara un dial de radiofonía, la dirigencia política ha intentado sintonizar, en estos años de democracia, la frecuencia justa con que el Derecho Penal debe tratar el delito y a sus autores, garantizar la seguridad ciudadana sin vulnerar las garantías de sus ciudadanos. Los cambios han sido casi siempre espasmódicos, respuestas a un estímulo.

La muerte del adolescente Walter Bulacio, en abril de 1991, mostró de manera trágica, además de la brutalidad policial, la arbitrariedad con que la policía aplicaba las facultades discrecionales que le daban los edictos y otras leyes permisivas, y hasta las

El juego del subigán

Por Horacio Cecchi

Es cierto. Hay una constante argentina que se repite a lo largo de su historia, pero en especial en las últimas tres décadas: los que llegan arriba, después bajan y, maravilla de la naturaleza política y económica, vuelven a aparecer arriba. Eterno subibaja, no potestad de todos sino de algunos. Con sólo tomar fuerza y pegar una patadita, *olalá*, otra vez arriba. Claro, el otro también juega, e inexorablemente hundirá a aquel que supo estar en la cima. Pero hay revancha, en eso consiste el juego, en perdurar el ascenso, soportar estoicamente la caída y subir otra vez. La estrategia no es evitar la caída sino la pérdida de la manija. Nadie que se precie de buen subibajista se desprenderá de esa silla mientras pueda. Claro, en la plaza todos quieren montarse al subibaja, pero hay espacio para pocos. Con tal de jugar a algo, la mayoría termina haciendo una apretada cola en la escalera del tobogán. Ese metafórico juego donde el único ascenso (con esfuerzo y sufriendo los nauseabundos calzoncillos del de arriba, pero haciendo sufrir los propios al de abajo) es tan sólo una ilusión, porque todo consiste en subir para sentir el vértigo de lanzarse en caída. Al principio da miedo tirarse desde tan alto, y uno quiere quedarse para siempre, pero están los otros que empujan y mamá que, desde abajo, pide: "Dale, no seas miedoso, tirate". Y la criatura común aprende que no debe quedarse arriba y a desear el vértigo.

Pero hay quienes supieron encontrarle la vuelta a la cuestión e inventaron el *subigán*. Se trata de un aparejo mitad subibaja y mitad tobogán. En ese juego sólo emplean la parte del subibaja que sube y la parte del tobogán que es su cima. Nada de andar subiendo con esfuerzo ni sufriendo vértigos al bajar. Eso es para otros. Sólo el hartazgo de tanta mirada desde la cúpula hace que

Pablo Piovano



Códigos

Por Eduardo Videla

normas secretas que avalaban la detención de menores sin dar intervención al juez. Esa norma secreta (el memorando 40) fue eliminada de inmediato, pero hubo que esperar casi siete años para terminar con los edictos, un perverso mecanismo de control social para jóvenes, pobres y desocupados.

Vino a ocupar su lugar un Código de Convivencia que, entre otras cosas, decidió no castigar el trabajo de las meretrices en la vía pública. De pronto, la prostitución, que ya existía en tiempos de los edictos, empezó a afear el paisaje y entonces hubo que reformar el código dos veces, correr el dial según el reclamo de un sector del vecindario. Una demanda a la que se sumaron jefes policiales de distintas gestiones, y que incluían, de paso, el regreso de figuras como el acecho o el merodeo, que les devolvieran ese poder arbitrario para detener a sospechosos y sancionarlos por la sola portación de cara.

Todo ese reclamo fue acompañado, llamativamente, por cierto crecimiento del delito y, más todavía, de la sensación de inseguridad, esa marca abstracta que, muchas veces, crece de la mano de operaciones de prensa, a veces ingenuas y otras mal intencionadas.

Fue antes del fin de los edictos que Carlos Menem empezó a hablar, desde la cumbre del poder, de la necesidad de bajar la edad de imputabilidad de los menores. Era febrero de 1998 y el país ya estaba en pleno derrumbe de la recesión. La economía comenzaba a caer, el delito crecía –el delito común, no el cometido desde el poder, que ya se había instalado– y la sensación de inseguridad iba en aumento.

El mismo Menem, meses después, incorporó los conceptos de "mano dura" y "tolerancia cero" con el delito, una ofensiva en la que se entendía que las garantías individuales constituían una suerte de tolerancia con los delincuentes. Había que endurecer las penas, aumentar el poder de la policía.

Ese ideario fue tomado un año después por Carlos Ruckauf, en su carrera hacia la gobernación, cuando acuñó aquel histórico concepto de "meter bala" a los delincuentes, una instigación al gatillo fácil. Eran tiempos en que la primera gestión de Carlos Arslanian intentaba revertir el estigma de la Maldita Policía. Pero la reforma que había iniciado un año antes, después del crimen de José Luis Cabezas y de otras tropelías de la Bonaerense, quedó trunca.

Corría 2001 y, en la misma tónica, hubo que eliminar la ley del "dos por uno", una norma que había sido aprobada por los mismos legisladores que la borraron de un plumazo, cuando las cárceles ardían, producto del hacinamiento, las vejaciones y las demoras injustificadas en los procesos judiciales.

El país siguió en descomposición hasta que todo estalló. La moda de los secuestros extorsivos –muchos apañados por la complicidad o la corrupción policial– azuzó a los abanderados de la mano dura.

El crimen de Axel Blumberg fue un nuevo detonante, pero no uno más. La movilización heterogénea que le siguió creó un nuevo escenario donde, otra vez, se enfrentan los defensores de la mano dura con los que pretenden soluciones de fondo, sin lesionar las garantías que tanto costó conseguir. Mientras tanto, el dial sigue en ese zigzag, que parece acompañar los altibajos de la sociedad argentina. ▲

esos *quienes* se decidan por el retiro.

Me refiero a los emblemáticos uniformados de la cúpula de la Bonaerense. O de la ex Bonaerense, según desde qué punto de vista se lo mire. Aclaro, desde el mío sigue siéndolo. Porque han perdurado por siempre. Hace pocos días me enteré de una reunión. Habían participado aquellos apellidos que para el público ya no existían. Que un Vitelli, que un Andrés, que unos cuantos ilustres que supieron seguir el ejemplo de sus maestros, el lama Camps, su apóstol Etchecolatz, y el discípulo tibetano, el Polaco Klodczyk, que hicieron de esa fuerza corrupta, sí, pero barroca e ineficiente en la temida Maldita Policía, sólo ineficiente para los demás.

¿Con quién se habían reunido los retirados del *subigán*? Nada menos que con el honorable senador justicialista Horacio Román, el mismo que fue denunciado hace un mes por enriquecimiento ilícito. El mismo que controló durante años la presidencia nada menos que de la Comisión de Seguridad del Senado. Román, el todopoderoso moronense.

Se habían reunido para clamar a gritos, no al honorable Román, que es un padre más que amigo, sino clamar a gritos que no se apruebe uno de los proyectos de ley de León Arslanian, proyecto que propone arrancarles la caja de retiros a la Bonaerense, la misma caja que ha financiado tantas campañas de intendente y tanto comisario hacendado.

En pocas palabras, aquellos que públicamente se daban por ya retirados de toda plaza, resulta que están allá arriba del *subigán*, manteniendo el equilibrio en base a ninguna otra cosa que seguir siendo esa arruinada metáfora machista de los verdaderos *porongas*. Es con ellos, o con sus adláteres, con quienes el poder de turno negocia. Con el Chorizo Rodríguez (en realidad *Choriso*, con "ese", porque deviene de chorear y no del embutido ni de ningún fenómeno corporal, como quiso sugerir el propio *Choriso* en una ocasión, ante una pregunta de mi amigo Carlos Rodríguez). El Ñoño Naldi, dueño de empresas de seguridad con las que compra aquí y allá las voluntades de comisarios, lo que le da una envidiable capacidad de lobby. Cada uno de los *porongas* retirados tiene sus fichas en actividad, fichas que los transforman en necesarios para intendentes y punteros del PJ. El conocido trípode que jamás se corta y llave maestra para que la Bonaerense deje de serlo. Con semejante escuela, uno se explica que los de abajo duden si seguir cobrando el sueldo y arriesgar la propia vida o intentar entrar en la rosca arriesgando la vida ajena. Ya se ha visto: si paradójicamente caen en cana, será la institución la que los proteja. Se supone que esto va en camino de no ser más. Se supone.

Antes habrá que investigar en qué plaza jugaron de niños tanto apellido ilustre, si es que alguna vez lo fueron. ▲



Los recortes de Juan Carlos

Por Fernando D'Addario

La excursión ciclística al barrio Los Naranjos, localidad de Las Malvinas, partido de General Rodríguez, desvió imprevistamente su sentido: la intención primitiva, casi inercial, de rastrear la esencia del club Atlas –un querible y desconocido equipo de Primera División D, el peor promedio histórico de todas las categorías de la AFA–, chocó contra la aparición intrigada e inquieta de Juan Carlos Verón; irrumpió desde un territorio impreciso, que no terminaba de ser la cancha y no se animaba a convertirse en el terreno de una casa. El hombre se presentó avalado por la autoridad de tres perros, que no parecían dispuestos a dar la vida por los colores de Atlas, y mucho menos por su amo: "Mi padrastro es el casero del club. ¿Usted qué quiere?":

–Soy periodista de... estoy haciendo una nota sobre...

–¿Usted es periodista? ¿Seguro? Entonces me tiene que ayudar. Tengo una nota que le va a servir.

Por cómo pintaba la cosa, la esencia de Atlas no iba a ser develada esa tarde gris de 1998. A cambio, Juan Carlos –hombre de edad indefinida y gestos eléctricos– convidó unos mates. Del bolsillo de su pantalón sacó una bolsa de nylon, que protegía unos recortes de diarios, ya amarillentos. "Ve, éste, el de la foto, soy yo..." Juan Carlos miró a su interlocutor y volvió a señalar la foto. En realidad se miraba a sí mismo, buscando una identificación que sólo para él podía ser instantánea; en las fotos (11/10/67, *Crónica* y *Clarín*) apenas se veía a un bebé recién nacido, respaldado por títulos y epígrafes: "En la escuela Lemos nació y lo bautizaron", "Emotiva ceremonia", "Casamiento y bautismo". La incomodidad de un breve silencio obligó a Juan Carlos a activar el interés del cronista: "Yo soy millonario, pero desde hace más de 30 años estoy esperando que me lo reconozcan".

La situación no tenía salida. Juan Carlos echó de un grito a los perros; se ve que no quería más testigos para su exposición: "Mis padres vivían en Hurlingham. Hubo una gran inundación. Mi madre estaba a punto de dar a luz. Nos rescataron y yo nací en Campo de Mayo. Me bautizaron en una ceremonia. Un coronel se hizo cargo de mí, como padrino. El Ejército me donó un crucifijo de oro y diez mil pesos. Depositaron la plata en distintos bancos, pero nunca los pude cobrar. Soy millonario, pero la gente de acá, ignorante, se burla; dicen 'qué vas a ser rico, si vivís como un villero'. Otros me tratan con respeto, saben que algún día, cuando cobre, los voy a ayudar".

Juan Carlos ensaya luego un caótico relato de su vida. La sucesión de fracasos y desgracias (abogados que lo engañaron, un accidente que lo tuvo al borde de la muerte, una breve y sombría internación en la Colonia Montes de Oca) parece irradiar, sin embargo, una suerte de ensoñación consoladora, confiada a una redención siempre futura, inmune a la realidad tangible.

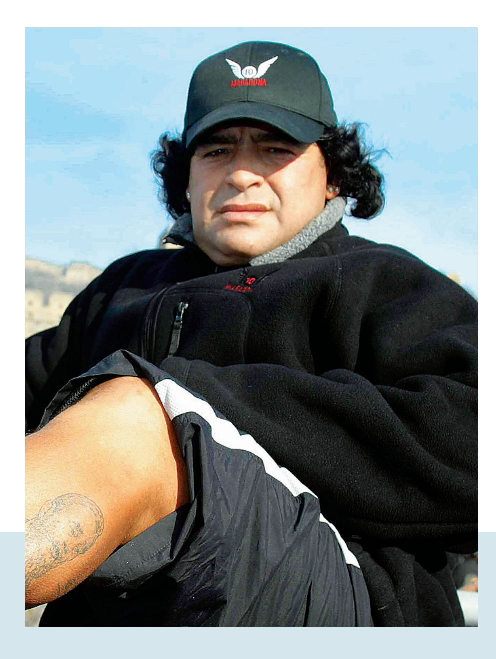
–¿Siempre lleva encima esos recortes de diarios?

–Sí, claro. Son mi documento de identidad.

El artículo menciona a su padrino, el coronel Raúl Pablo Aguirre Molina, director de la escuela General Lemos, y a su madrina, Argentina Chiessa, directora de la escuela de enfermeras del Ejército. Juan Carlos no sabe bien qué pasó con él después de las fotos y los aplausos, pero sí se ve a sí mismo a los seis años, repartiendo leche en la calle. Sabe, también, ya mayor de edad, de trámites y burocracias; le dicen que se deje de molestar, que la plata se perdió con las sucesivas devaluaciones y cambios de moneda. Y sí: que Onganía, que el Rodrigazo, que la tablita, que el Plan Austral, que la convertibilidad. Ni el crucifijo de oro sobrevivió. Sólo queda la foto.

La despedida, aquella tarde, incluyó promesas de "investigación" que nunca se cumplieron. Otros vaivenes regulan la rutina periodística de la sección espectáculos: un nuevo disco de Caetano Veloso, la enésima entrevista a Víctor Heredia, el ciclo Buenos Aires no Duerme.

Seis años después, una mezcla de curiosidad y nostalgia dirige un nuevo periplo al barrio Los Naranjos. Las estadísticas y las encuestas hablan de crecimiento sostenido, de bancos que recuperan depósitos, de la clase media que vuelve a confiar; todos datos y percepciones tan confiables como imposibles de verificar en este rincón del conurbano profundo, donde las variables emocionales se visualizan a través de otros signos. Juan Carlos aparece, saluda e invita un mate, como si no hubieran pasado los años. Cuenta que está cantando en una banda de heavy metal cristiano, y que si Dios quiere, un productor evangelista lo llevará de gira por el exterior. Dice que en el barrio no le creen, pero eso –el escepticismo ajeno– lo viene acompañando desde que era chiquito. De pronto se pone serio y busca algo en el bolsillo de su pantalón. Son los recortes de *Crónica* y *Clarín*, más viejos, más amarillos. Vuelve a señalar la foto. Está igualita. Una sensación extraña –como si la certeza de un destino irreversible neutralizara las oscilaciones anímicas que testean las encuestadoras– domina el ambiente cuando Juan Carlos pregunta y diagnostica: "Y usted, ¿pudo hacer algo con la historia que le conté?" ▲



Maradó...

Por Pablo Vignone

El 26 de mayo de 1987, Diego Armando Maradona descansaba reluciente de gloria en la cúspide de su carrera deportiva. Menos de un año atrás se había consagrado campeón del mundo con la Selección Argentina en México; el 10 de mayo del '87 dio la vuelta olímpica con el Napoli, un equipo de segunda categoría que en 60 años de *calcio* jamás había logrado el Scudetto. Un mes después, el 13 de junio, volvió a ganar un título con el Napoli, la Coppa Italia. Nada rozaba por entonces el prestigio del más grande futbolista del momento y de la historia.

Desde aquel día, cada aniversario de **Página/12** ha jalonado, lamentablemente, un descenso en la inexorable pendiente que condenó al astro al pantanoso presente en el que va sumido, mientras continúa fiel a su estilo, gambeteando la tragedia.

Aquellos de la segunda mitad de los '80, mientras este proyecto editorial se consolidaba, fueron los años dorados del pibe de Fiorito, tardes mágicas de fútbol que, paradójicamente, solo un puñado de ar-

Rockeros por naturaleza

Por Eduardo Fabregat

Arriba, abajo, a los golpes, tac tac tac como pelotita de *pinball* o de metegol. ¿Y por qué debería ser de otra manera? El porteño medio es un maniático que vive en la montaña rusa y a los gritos y en pelotas como los indios, un psicópata de temporada alta que se va de vacaciones a algún paraíso del interior –digamos Tilcara, digamos El Bolsón– y sueña con una nueva vida y hace planes de mudanza sólo para volver a la ciudad de los aires dudosos y olvidarlo todo, someterse con una sonrisa a la rutina del delirio y dar por bueno que la existencia es este devenir entre la esperanza más irracional, el optimismo más idiota, y la depresión típica de un domingo a la tarde sin fútbol y con cielo encapotado. Sin escalas, como los vuelos que tomábamos cuando el 1 a 1.

¿La historia reciente es lo que produce semejante ciclotimia, o porque somos como somos no podemos escribir otra historia que no sea ésta, orgullosos campeones del mundo en un momento y al momento siguiente tangueros bluseros darkosos de piernas cortadas?

Diecisiete años son mucho y son nada, pero dejan su enseñanza. Ah, sí, aprendimos a tomar con naturalidad que en sólo un par de meses actuaran en Aires Dudosos los Rolling Stones, U2, Oasis, el Circo de Moscú y el hombre más pequeño del mundo –gracias, Su–, para después arreglarnos con unos Bee Gees pelados y Creedence Clearwater Revival, y después resignarse a que se podía vivir sin shows internacionales, aunque era un poco más aburrido, y finalmente poner el pecho a que Metallica nos desprecie porque las pampas no pagan como Japón y asistir al triste espectáculo de Lemmy de Motörhead quedándose sin oxígeno como Sandro o el Diego. Y mañana quién sabe, mañana nunca se sabe.

Eso: porque mañana nunca se sabe, la Argentina es un país tan rockero. Rockero en el sentido más confuso del término, en la falta de certezas y en ese salir adelante apoyándose en pequeños milagros (¿y si McCartney no hubiera ido a esa kermesse de iglesia donde estaba Lennon a fines de los ‘50?), en el autodidactismo para superar los escollos más bizarros. Rockero por su inevitable dependencia del azar, del golpe afortunado o desafortunado (*Esto ya no es rock, es pura suerte*, escribió un tal Solari hace más de 17 años). Rockero por desaliñado y desalineado, por desafinado sonando todo mal y otras veces desafinado con estilo y con encanto. Un día el Grammy, otro día el puesto 250 del ranking con un disco que espanta a los perros. Y así, tac tac tac como el *pinball* o el metegol, vivimos la gloria y buscamos la salida de Devoto, nos miramos al espejo y ponemos cara de Aquiles sin talón débil y salimos a la calle y ponemos el pecho, arriba y abajo, éxitos y fracasos en todas las esquinas. Rockeros de ley, aun aquellos que no tienen la más mínima idea de qué canciones grabó Charly García en los ‘70 y los ‘80. *Headbangers* en la anteúltima fila del concierto de las naciones, guitarreros viejos, payadores incurables, amantes del estribillo heroico y el compás más arrastrado, desesperadamente felices y viceversa, campeones y suspendidos por doping, acostumbrados al dolor y con el alma llena de curitas, argentinos al palo.

República Argentina. Territorio: 3.761.274 kilómetros cuadrados. Población: 36.223.947 habitantes. Idioma oficial: rock and roll. ▲

gentinos siguió de cerca, pero que cimentaron definitivamente la condición simbólica del ídolo transformado en icono nacional. Los años en los que Maradona soñaba con desempolvarse la Camorra y empezar una nueva vida en Marsella, pero en los que, mientras tanto, ganaba la Copa UEFA justo una semana antes del segundo aniversario de este diario, y el segundo Scudetto del Napoli un mes antes del tercer cumpleaños.

El pasaporte que lo acreditaba como Embajador para Asuntos Deportivos de la Argentina, que Carlos Menem le entregó en junio de 1990 –hace 14 años– en Italia, jugó un papel verdaderamente documental: fue como si en él pudiera consignarse el paso a paso en el despeñadero. Mientras Osvaldo Soriano relataba su embobamiento ante la manera en que Diego lo ninguneaba haciendo jueguito con una naranja, y las crónicas de Italia ‘90 acababan en la quema de la bandera en Trigoria, el escándalo que salpicaba al astro aquí y allá encontraba más lugar en estas páginas.

El cuarto aniversario nos encontró unidos pero entristecidos. Exactamente un mes antes, el 26 de abril, se había disparado el episodio del departamento de la calle Franklin en Caballito. Maradona había jugado su último partido en el Napoli en marzo, vuelto a Buenos Aires, había sido descubierto y condenado. Le tocaba ser víctima, sumando centímetros de saña.

La pendiente se aceleraba con el aburrimiento y la inactividad. Para el quinto aniversario, Diego había comprado a Charles en 2,5 millones de dólares para cedérselo a Boca, y desafiaba a la FIFA jugando un amistoso a beneficio de la familia de Juan Gilberto Funes, y la multinacional del fútbol se desgañitaba amenazando con suspender a los que jugaran con Maradona...

Pero el astro, como el país-fénix, siempre ha regresado de sus cenizas, un retorno circular, como lo han comprobado en su piel los cronistas de la Suizo-Argentina. Aquel sexto aniversario de 1993 se cruzó con Maradona jugando en el Sevilla, preparando su bronca con Bilardo y su romance con Basile, renovando esa identificación entre Diego y la Selección, tan fuerte que todo el equipo decidía, en mayo de 1994, no viajar a jugar a Japón porque a Diego no le daban la visa para entrar, a causa de su adicción.

En un año, del siete al ocho, pasó de todo, como en un ardoroso picado de barrio: le cortaron las piernas, se hizo entrenador de Racing, renunció cuando Juan Di Stéfano perdió las elecciones. Diego volvía a volver, aunque el descenso en espiral fuera irrefrenable. Y volvió a Boca para el noveno aniversario, y estuvo dándole en el décimo, hasta que una tarde el Bambino Veira le pidió a Juan Román Riquelme que se preparara para entrar, en la cancha de River, a reemplazar al ídolo. Y no volvió más.

Lo demás pertenece a una mala crónica policial. La pelea pública con Passarella, la época de la vincha, Punta del Este, el cumpleaños número 13 en La Pradera, el divorcio de Claudia y el de Guillote, la Suizo. Pero todavía está. Para joderles la existencia a unos cuantos, frígidos futbolistas que lo juzgan como si fuera un criminal más deleznable que los que se robaron chicos y tomaron la vida de otros.

Y seguiremos escribiendo en los aniversarios. ▲

Descubrimiento del Sida

Por Marta Dillon





Tengo el vago recuerdo de una primera nota que pispeé como al pasar en un kiosco de revista, hablaba de una tal peste rosa de la que había muerto, para espanto mundial –y de Linda Evans, que lo había besado en la boca–, el actor Rock Hudson. Era algo que les sucedía a los hombres homosexuales y cuyo raro síntoma eran unas manchas que aparecían en la piel –manchas rosas, por lo que yo malentendí que a eso se refería el color de la peste–. Fue exactamente en la mitad de los años ochenta, aunque eso sucedía en algún lugar lejos de aquí. Recién en 1987 se registró oficialmente por estos lares el primer enfermo de sida, al año siguiente ya se contaban los primeros muertos locales: Federico Moura y Miguel Abuelo. Era así, el sida era una condena a muerte y además, salvo excepciones, todo sucedía muy rápido: el diagnóstico llegaba con los primeros síntomas de decadencia. Ahora parece obvio decirlo, pero entonces era claramente un problema que no afectaba a las mujeres, los sospechosos –cualquiera que tuviera sida era definitivamente peligroso– eran los gays, obligados en las discos a tomar en vasos descartables y velados a cajón cerrado si morían, por si al virus se le ocurría escapar del cuerpo inerte en busca de uno vivo. Desde entonces el número de casos empezó a multiplicarse sin que nadie se diera demasiada cuenta más que los propios afectados. Incluso los afectados intentaban mirar para otro lado: a pesar de que la infección empezaba a derramarse mucho más efectivamente que los goces del modelo que nació en los noventa; más o menos por esa época los amantes de la noche y sus intoxicaciones inventaban teorías sobre la no existencia del virus del vih y hasta se decía que las mujeres podrían llegar a infectarse, pero ellas no morían como los varones. Me acuerdo de una entrevista que le hice más o menos en 1992 a una mítica cantante española, Alaska, que venía a abrir la disco-restaurante Morocco (delicias del ingreso al primer mundo, había sucursal en Madrid, en Nueva York y en Buenos Aires) y en la que ella aseguraba, porque lo sabía de muy buenas fuentes, que era imposible infectarse por medio de relaciones sexuales heterosexuales. Por esa época también hubo un cambio notorio en la noche de Buenos Aires: la cocaína era cada vez más barata (delicias del uno a uno) y la marihuana, más cara, además de escasa. Lejos habían quedado los primeros tiempos de la primavera alfonsinista cuando se hicieron un par de marchas a cara descubierta pidiendo la despenalización del consumo de marihuana. Raro, ¿no? Los paranoicos creíamos ver cierta conspiración en este cambio de coordenadas, aunque en realidad se podría pensar en las reglas de la oferta y la demanda. Había entonces una estética de la cocaína a la que suponía productiva, elegante en sus brillos y fecunda en sus excesos. Era una droga de yuppies, se decía, aunque se distribuía desde las villas en donde no había nada de elegante en el consumo y mucho de violento. Mientras los yuppies la jalaban, en los barrios bajos se picaban, y el virus del vih viajaba en jeringas a velocidad sorprendente.

El mundo quedaba cerca entonces, la ilusión de un peso un dólar permitía viajar y conocer gente, comprar electrodomésticos, queso francés y ropa de marca. Sin embargo tanta inclusión no alcanzaba para difundir masivamente de qué manera se podía evitar la infección por hiv y sí para generar, cada tanto, algún debate televisivo sobre si los besos de lengua, las lágrimas y los mosquitos transmitían o no el virus (en general parecía que *todo* lo transmitía, tanto que hacia 1993 había una campaña que pedía "ser humano con quienes lo padecen"). De la prevención se encargaban unas pocas ong como la Comunidad Homosexual Argentina –era un problema de ellos en definitiva– y alguna otra como la Fundación Huésped. En ese momento en que la clase media parecía vivir un auge de viajes, mejores y más privatizados servicios y colegios bilingües, paradójicamente, el sida era un problema de ellos. Más de la mitad de los infectados registrados tenían estudios secundarios completos y un tercio eran universitarios (ahora, más de la mitad apenas han terminado la primaria). Pero eran algunos de ellos, los de vida disipada sobre todo, o al menos era lo que parecía pensarse desde el Estado que ni siquiera controlaba efectivamente los bancos de sangre, como si el sida fuera un problema de otros. Tanto es así que por esos años fue cuando una centena de pacientes hemofílicos y de diálisis se infectaron merced a los tratamientos que recibían para su enfermedad.

En 1992 murió de sida Néstor Perlongher, pero vivía hacía un tiempo en Brasil. En 1993 hubo que despedir a Batato Barea, pero entonces su familia no quería decir que fue de sida, como tampoco se dijo cuando en el 2000 quien murió fue Cris Miró. El virus puede ser una epidemia, pero muda, por favor, no vaya a ser que la humanidad de los otros se escurra de repente frente a quien lo padece. En ese año hubo una campaña masiva desde el Estado, decía, con un fondo de preservativos de colores, "metételo en la cabeza, el sida mata". Una lástima, muchos confundían el lugar donde había que ponerse el preservativo, incluso ahora, cuando el sida es "un problema de todos". En 1994 yo supe que tenía hiv (que obviamente era un pro-blema de mujeres) y tuve que sacarme de la cabeza que el sida mata. En 1995 Carlos Menem fue reelecto por lo que se llamó el voto cuota, por las cuotas que la clase media tenía pendientes para terminar de pagar todos sus electrodomésticos. La euforia del uno a uno empezaba a languidecer con la década, al mismo tiempo que la infección se expandía sin que provocara demasiadas campañas para evitarlo. El sida empezó a ser un problema de mujeres, sobre todo de mujeres pobres, de pobres en general, bah. Pero si al principio se contaba una mujer cada cuatro personas infectadas, en ese año ya era una cada tres y ahora mismo la paridad es un hecho, al punto que en el 2000 la campaña oficial decìa: "Sida, también un compromiso de hombres". En 1996 se anunció una terapia combinada de drogas que por primera vez permitía pensar que sida ya no era sinónimo de muerte. Pero pasaron al menos dos años hasta que esos cócteles estuvieron disponibles en el país; en el medio murieron miles, sabiendo que podrían haber sobrevivido. Cuando la entrega gratuita de medicamentos fue una obligación tanto para las obras sociales como para las prepagas, la crisis económica y la amenaza del fin de la convertibilidad retaceaban la disponibilidad de las drogas vitales. Pero como ya no era tan automático eso de morirse de sida, el tema perdió espectacularidad, espacio en los medios y en la agenda política. El miedo, sin embargo, no perdió ninguna vigencia. Todos sabemos cómo prevenirlo, sabemos que el preservativo es necesario, pero cuando hay enfrente alguien con hiv, parece que se desintegrara su capacidad de barrera. Después de la crisis del 2001, la devaluación –que hizo desaparecer otra vez los medicamentos durante meses completos– y la reactivación, nada cambió demasiado. El sida es la segunda causa de muerte de mujeres jóvenes y la transmisión de madre a hijo en el país es de las más altas de toda América. Más allá de cualquier montaña rusa, la epidemia siempre está subiendo la cuesta. El interés por ponerle un límite, al borde del abismo. En definitiva, el perfil de los infectados se parece cada vez más a la descripción de la exclusión, y esa gente, se sabe, puede morir de cualquier cosa. ▲

El Club de la Merluza Congelada

Por Sandra Russo

¿Venimos a ser un país con la gente adentro o con la gente afuera? ¿Argentinos a las cosas o argentinos a sus cosas? Ese otro termómetro les mide la fiebre, hoy, a diferentes sectores, y da cuenta de qué le tocó a cada quien en la repartija de cartas, si un aceptable 3 de oros o un fatal 4 de bastos. Los que sobrevivieron al huracán del 2001 y siguieron comprando merluza congelada y aceto balsámico, los que se aficionaron al tomate cherry y hasta llegaron a degustar endivias, probablemente también sigan ahora llegando a sus casas, chequeando sus mails, desfreezando cualquier cosa que el microondas convierta en una cena en cinco minutos, llamando al delivery de videos, chateando con algún amigo que acaso viva en España o acaso en el quinto piso del mismo edificio, recibiendo una vez por mes el pedido de verdura orgánica, mirando por las noches el canal Sony, prefiriendo lo acolchado, lo perfumado y lo controlado del mundo casero, ese mundo casero tan bien provisto y equipado que ni siquiera hace falta una escapada a la calle.

Los otros, los que sufrieron la estocada de la crisis o los que jamás conocieron ninguna versión de la vida que no fuera la de la carencia y el derrape personal, han hecho de la calle su escenario. La década menemista, que los parió y los ocultó mientras los focos sólo se preocupaban por mostrar la ingesta indigerible de licuadoras con champán, mantuvo a todos esos miles de acreedores sociales en una especie de incubadora en la que fueron multiplicándose, tomando conciencia y aumentando la rabia.

Los taxistas se quejan porque no se puede circular por Buenos Aires. Es cierto que las calles todos los días están cortadas porque no terminan de arreglarlas nunca o porque hay marchas de quince o veinte mil que sacan de quicio a los Rolando Rivas del nuevo milenio. Va de suyo, entonces, porque ahora son visibles, que las calles son el escenario en el que se manifiesta el descontento. Entre los viejos y los nuevos pobres se anota la mayoría de la población. Si no tienen casa, si no tienen escuelas, si no tienen hospitales, si no tienen trabajo, si no tienen partido, si no tienen nada, les quedan las calles. Las calles siempre están ahí, y es un error dar por sentado que las calles son un espacio cuyo sentido y función dominante sea la circulación de vehículos de transporte público o privado. Las calles, acá y en todas partes, ahora y siempre, han sido además y con la misma entidad escenarios por los que circulan los reclamos sociales, pistas adecuadas para echar a correr las quejas.

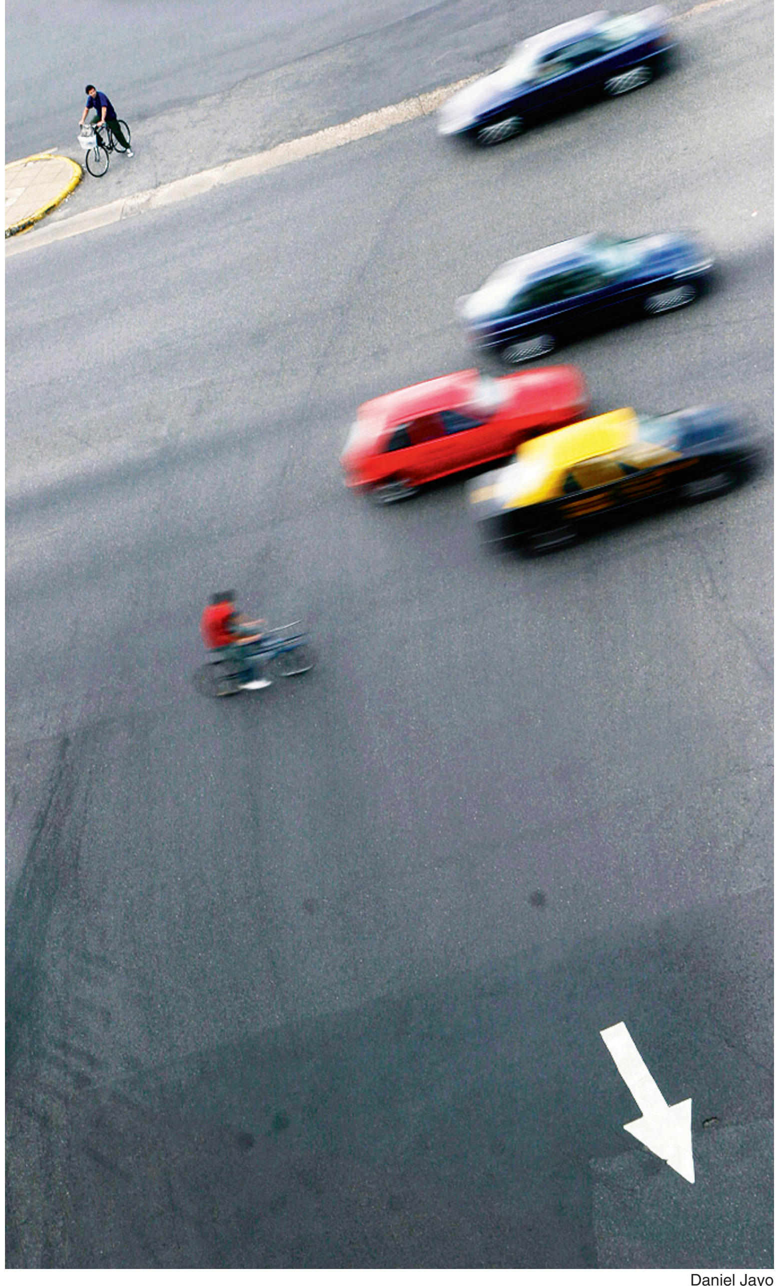
Con esos sobreentendidos que no se revisan y que endurecen la costra ideológica sobre la que el poder machaca sin que nadie lo advierta –el poder, no el gobierno, que son dos cosas distintas–, los que todavía acceden a la merluza congelada reclaman para sí las calles y expresan brutalmente el fastidio que les provocan esos otros que las invaden, las copan y las cortan. ¿Por qué habrían de ser las calles más de los conductores de autos que de los conductores de quejas?

El Club de la Merluza Congelada sólo se conmueve si el desvío en la calle se debe a que la marcha es correctiva y quienes manifiestan van con nutrias o mocasines. Ahí sí el hecho de manifestar se inviste del reclamo cívico con el que el Club de la Merluza Congelada es solidario. Con los otros no. Los otros, los invisibles, deberían seguir invisibles, en sus ratoneras, en sus lugares de origen, en los comedores populares, sin hacer ruido, sin perturbar el paisaje... que tanto mal le hace al turismo semejante espectáculo de revolvedores de basura.

Así estamos, unos viviendo en una nube de rúcula y tantos más de las sobras. Unos adentro, y desde adentro reclamando también la soberanía de las calles, y otros en las calles para ejercer, alguna vez, de alguna manera, un poco, la soberanía sobre sus propias vidas. ▲

Una violencia política

Por Pedro Lipcovich


Daniel Jayo

Los accidentes de tránsito son un asunto político: uno de esos asuntos que no aparecen en la sección Política de los medios, que deben ser dilucidados de entre la información general y que por eso mismo, quizá, pueden arrojar alguna verdad en la cara de la política que se nombra como tal. En los últimos 17 años, la inseguridad vial se ha presentado en la escena pública con ritmo eventual y espasmódico, en unos ralos picos de serrucho. Pero los muertos por el tránsito, desde que este diario existe, ascienden, según datos oficiales, a 120.000 (ciento veinte mil) personas.

Un peatón y un automovilista confluyen en una bocacalle: ¿quién cederá el paso a quién? Según la norma oficial, tiene prioridad el peatón. Según la norma que de hecho rige, cruzará primero el automovilista. ¿Por qué?

¡Porque si no me atropella!, contesta el peatón. Entonces, la norma puede enunciarse como especie del siguiente género: el poderoso tiene derecho a imponer su voluntad por sobre la del más débil, y ambos aceptan este derecho como natural.

No es exacto que en la Argentina se incumplan las normas viales. No es que haya una suerte de anomia o anarquía sino que existe, en rigor, una normativa precisa, que no es la que rige formalmente pero goza de aceptación social. Por ejemplo, según la normativa oficial, la luz amarilla del semáforo es señal de reducir la velocidad, precaverse y detenerse. La normativa que de hecho rige es diferente: a) cuando la luz amarilla es la que precede a la roja, el conductor la interpreta como señal de *aumentar* la velocidad y de cruzar *sin* precaución; b) cuando la amarilla precede a la verde, el conductor, detenido ante el semáforo, la interpreta también como señal de avanzar, aunque en este caso con alguna precaución, ya que por la transversal puede venir otro vehículo que, en obediencia a la norma a), cruzará a gran velocidad y sin precaverse.

Así, también la lectura socialmente normatizada de los semáforos resulta priorizar al que se presenta como más fuerte, en este caso por venir a mayor velocidad.

En cuanto al cinturón de seguridad, no es que meramente se incumpla la obligación de emplearlo: la norma que se aplica es no utilizarlo, ya que su uso vendría a contrariar la negación social del riesgo de accidentes, a su vez necesaria para sostener las normas anteriores.

El incumplimiento de estas normas de hecho tiene sanción social: el automovilista que ceda paso al peatón recibirá bocinazos impacientes de los que vienen atrás; el peatón que saque los pies del plato podrá ser atropellado.

La aplicación de las normas de tránsito validadas internacionalmente requiere un cuerpo policial especializado y no corrupto, cuya acción, a diferencia de la de otros cuerpos policiales, no prioriza la protección de las personas o bienes de las clases sociales relativamente elevadas. Esa policía no existe en la Argentina, y no hay ningún movimiento social consistente en favor de su instauración.

Es que la inseguridad vial sólo toma lugar en la opinión pública, y en los medios de comunicación, en los picos de serrucho de accidentes cuya configuración noticiosa los haga aptos para sostener la figura del "asesino al volante", al cual se le aplicará una lógica de segregación. Segregación en la culpa atribuida, lo cual sostiene la creencia en que la causa de la inseguridad no es social sino individual. Segregación en el castigo exigido, la cárcel, lo cual sostiene la creencia en que el mal puede aislarse del cuerpo social. Encarcelado el "asesino", se clausura la noticia, y todo el procedimiento periodístico-judicial habrá servido para sostener la normativa vial que rige de hecho.

Así, la inseguridad vial en la Argentina remite al vaciamiento de una legalidad que, relegada a lo formal, es suplantada por otra legalidad de hecho que sostiene privilegios de poder y que permanece invisible, naturalizada y sostenida en el tiempo mediante procedimientos de inculpación selectiva y segregación. Esta violencia, ¿no es política?

Hace 17 años que todos los argentinos
sonríen al ver la tapa de Página/12.

Bueno, casi todos.



Saludamos a Página/12 en su decimoséptimo aniversario.

